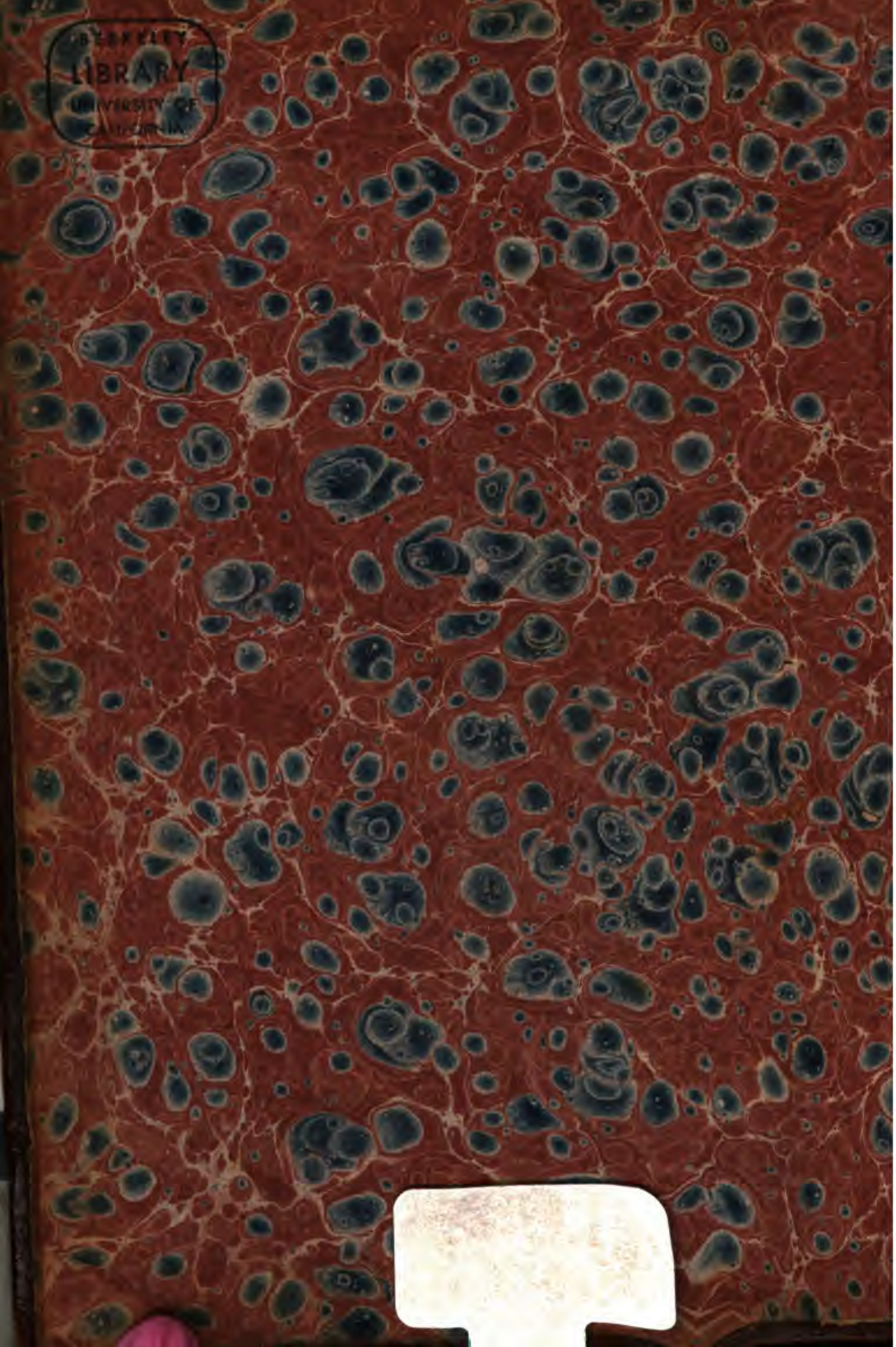

UC-NRLF
B 3 759 349


BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA



LA PRIMAVERA Y EL ESTIO,

COLECCIONES DE POESIAS

DE DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

LA PRIMAVERA.

COLECCION DE POESIAS,

DE

Don José Selgas y Carrasco.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
Imprenta que fué de Operarios, à cargo de D. F. R. del Castillo.
calle del Factor, número 9.

1853.

694825585

AL EXCMO. SEÑOR CONDE DE SAN LUIS.

En muestra de gratitud y de afecto;

Madrid, abril de 1853.

José Selgas.

PROLOGO.

AL QUE LEYERE.

La historia de la publicacion de este libro es la siguiente:

En la modesta morada de un jóven, cuyo elevado talento y vasta ciencia son tan conocidos de pocos, cuanto dignos de ser apreciados de muchos, se reunen dos veces cada semana varios otros jóvenes con el fin de consagrarse al cultivo de las letras y de adquirir, alentados de un noble estímulo, conocimientos de que carecen, por desgracia, algunos de nuestros ingenios mas famosos.

Semejantes reuniones son tan sabrosas como útiles. En ellas no impera ningun género de charlatanismo. En ellas no se estudian las artes de engañar á la multitud, levantando mentirosos aparatos de ingenio y ciencia que la deslumbren, ni se reduce á práctica la enseñanza de

combinar banderías cuyo destino sea crear injustas reputaciones y ejercer el monopolio de la fama en la esfera de la inspiracion artística.

A una de estas reuniones me condujo mi buena suerte hará como tres meses y medio, y confieso que, aun prescindiendo de las felices consecuencias de tal visita, no podré menos de recordarla siempre con delicia, merced al agradable espectáculo que en ella tuve el gusto de presenciar.

Nueve ó diez jóvenes, presididos por el dueño de la casa, se ocupaban en escuchar el análisis que hacía otro de ellos de la *Medea* de Séneca, y se preparaban á dirigir objeciones al imberbe crítico, cuya pericia en el conocimiento del rico idioma del Lacio me pareció tan notable como rara. El orador á quien aquella noche habia tocado examinar lo mas interesante acaso de las producciones del gran trágico latino, no solo trazó un cuadro completo á grandes rasgos del estado de la civilizacion romana á la aparicion de la *Medea*, para poder apreciar mejor la importancia de esta obra, sino que la analizó con arreglo á las teorías de la ciencia moderna, manifestándose tan versado en el conocimiento de las prescripciones aristotélicas y horacianas como en el de Hegel, Lessing, Gioberti y demas grandes pensadores de Alemania, Italia y Francia.

Allí no habia discípulos ni maestros; y, sin embargo, todos concedian espontáneamente los fueros de tal al que habia concebido el pensamiento de realizar tan provechosos estudios; al que anhelando ser útil y deseoso de influir, sin causar ruido, en el mejoramiento de nuestra literatura, malherida en brazos de los fabricadores de versos, habia querido establecer un gimnasio modesto, circunscrito, en el cual rindiesen culto cuantos se hallaren codiciosos de aprender y fueren enemigos del estrépito, no á la moda pasajera, no al entronizado ignorantismo, sino al arte civilizador y fecundo.

Satisfecho de hallar tal suma de saber en tan breves años; admirado de la rectitud de juicio y del buen gusto del jóven crítico, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y dándome interiormente el parabien por los frutos que deberán producir tales reuniones en época no lejana, iba á despedirme ya del Anfitrion de aquel festin literario, el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, cuando este me advirtió de que aun habriamos de gustar nuevos manjares antes de la terminacion del banquete.

La costumbre autorizada en el pequeño Liceo de que hago mérito es, en primer lugar, leer uno ó mas capítulos de los consagrados por algun célebre preceptista á determinar las condiciones fundamentales del arte, y discurrir acer-

ca de su contenido para apreciar debidamente el valor de la doctrina. En seguida procede el individuo designado por la suerte en la semana anterior á examinar, desde el punto de vista que mas le place, alguna de las preciosas joyas dramáticas que nos ha legado la antigüedad ó que enriquecen la literatura española y estranjera de nuestros tiempos; y, por último, se leen composiciones poéticas de los circunstantes y se analizan y corrigen con una buena fé y un amor verdaderamente fraternal.

Por una casualidad, que sentí entonces y que despues he estimado providencial y dichosa, el alumno de las musas, cuyas poesías debian ocupar á la asamblea en aquella noche, habia olvidado el borrador de los versos que pensaba someter al fallo de sus amigos. Mucho me dolí de este olvido, porque deseaba conocer prácticamente los frutos de semejante ejercicio; pero aun fué mi sentimiento mayor, cuando supe que entre las composiciones olvidadas habia una cuyo destino era execrar las miserias de la envidia y la fatuidad de la ignorancia.

En tiempos como los nuestros; cuando se sublima á tanta altura la procacidad de los ídolos perecederos del vulgo; cuando tan malas artes se emplean para anular con la intriga lo que no se puede abatir con el talento; cuando tan rápidos progresos se han hecho en el estudio de la

hiprocresía de la franqueza, y la envidia (tanto mas intolerante y sórdida cuanto mayor es la conciencia de su pequeñez) intenta sofocar el fuego de la verdad, sin conocer que este fuego acabará tarde ó pronto por abrasarla, es de suma importancia, á no dudarlo, dirigir el rayo de la inspiracion satírica contra el abrigo pestilencial y orgulloso de las pasiones que envilecen la augusta raza del hombre.

—Si no temiera molestar á ustedes (dijo entonces uno de los circunstantes) les daria á conocer algunas poesías de un jóven de mi pais, tan rico en infortunios como en ingenio, y dotado de cualidades morales que le debieran conquistar el aprecio de todo el mundo. Hace ya mas de seis meses que me envió un cuaderno de composiciones, titulado *La Primavera*, y hoy es el dia que no he podido conseguir que nadie quiera escucharlas.

—¿Y cuál es el nombre de ese ingenio desconocido? preguntamos todos en coro.

—*José Selgas y Carrasco*, respondió el jóven. Creo, añadió con el fuego de un entusiasmo generoso, que no me ciega la amistad en cuanto á su mérito, y que estas poesías, aunque poco afortunadas como el que las ha creado, son de mas precio que muchas de las que publican y ensalzan diariamente los periódicos de la córte.

—Veámoslas, pues, dijo otro de los concur-

rentes. Juzgo, sin que me asista para hacerlo razon ninguna ostensible, que no se equivoca en esta ocasion el amigo Arnao (1). La circunstancia de no sernos conocido el nombre de Selgas, me impele á creer que sus obras se elevan sobre la esfera de lo vulgar. Si así no fuese, á estas horas nadie ignoraria que existe, y la prensa lo habria coronado una y mil veces de aplausos de gacetilla. Poeta que no mete ruido, que no intriga, que no se elogia á sí mismo, debe ser bueno por fuerza.

En esto el jóven Arnau desenrolló el cuaderno de poesías, y, con una sencillez que revelaba la bondad de su corazon, dijo: «Si estas cándidas inspiraciones hablan al alma de ustedes como á la mia, si logran interesar á los que me escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya esperimentado jamás.» Y leyó un precioso idilio titulado *La caridad y la gratitud*, en el que pinta el poeta, valiéndose de una ingeniosa alegoría, la excelencia de ambas vir-

(1) D. Antonio de Arnao, jóven de 22 años, natural de Murcia, y poeta de claro ingenio y buen gusto.—Murcia ha producido en estos últimos años algunos hombres de mérito cuyos albores dan muy felices esperanzas para lo futuro. A este número pertenecen Selgas, Noriega, Arnao y algunos mas que no tardarán mucho en darse á conocer ventajosamente en la república de las letras. En la de las artes deberá ocupar en breve el puesto que sabrá conquistarle su talento el jóven pintor German Hernandez.

tudes y los beneficios que resultan de practicarlas.

Desde que tuvimos el gusto de oir las primeras redondillas de la composicion, comprendimos que los versos que escuchábamos eran hijos de un poeta. A la terminacion de la lectura todos creíamos que el autor de aquellas delicadas imágenes debia poseer un alma tan pura como sus versos.

Sin embargo, *La caridad y la gratitud* no es de las mas correctas ni de las mas profundas inspiraciones del libro; y Arnao, que habia querido proporcionarnos el placer de que saboreásemos gradualmente la belleza de tales flores, leyó en seguida la que él denominó *El retrato del Poeta*; es decir, el idilio, rico en espontaneidad y galanura, titulado *La modestia.* Esta gallarda poesía fué acogida con el mayor entusiasmo. Su mérito debia naturalmente producirlo: pues de mí sé decir que he leido pocas en las que un pensamiento mas bello esté espresado en mas delicada forma.

A poco rato la reunion quedó terminada, y los que asistiamos á ella abandonamos el lugar en donde acabábamos de adquirir el conocimiento de un verdadero poeta. Desgraciadamente son tan pocos los que merecen este nombre, y tantos los que lo usurpan, que la aparicion de un vate digno en el campo en que pululan tan tor-

pes grajos, es un acontecimiento para los amantes de las letras!

Al despedirme rogué á Arnao que me facilitase por algunos dias las composiciones de Selgas, y le pedí que me autorizase para dar á conocer públicamente el indudable mérito de su amigo y paisano. Su amabilidad accedió á todo, y á los pocos dias tuve el gusto de insertar en las columnas de *El Heraldo* (periódico que se goza de dar aliento á la juventud que vale), algunos renglones destinados á anunciar que acaba de aparecer en el cielo de la poesía española una estrella de clarísimo esplendor.

El público ha visto en las composiciones de Selgas insertas en *El Heraldo* lo mismo que en ellas habian aplaudido los individuos que se reunen periódicamente en la calle de la Almudena, y ha confirmado su fallo de todo en todo. Siquiera en esta ocasion ha sido justo. ¡Deja de serlo tantas veces! ¡Es tan dócil para tolerar que su opinion sea suplantada cuando hay audaces empeñados en conseguirlo!.... Pero, afortunadamente, Selgas no era conocido aun cuando aquellas se publicaron, y no habia sido posible á la maledicencia envidiosa preparar el terreno en contra suya. ¿Será hoy lo mismo? ¿Habrá la misma buena fé para aplaudir lo que en el primer momento de sorpresa no se pudo condenar, porque la mayoría del público lo aprobaba, y

ciertas gentes nunca se olvidan de representar el papel de cortesanos aduladores del vulgo?

Los que habian escuchado con mofa de lábios autorizados (1) que las composiciones de Selgas poseian un mérito indisputable y venian á enriquecer legítimamente el Parnaso español de nuestros dias; los que sin conocer las bondades ó defectos de tales obras habian puesto en duda el talento del poeta, porque nadie conocia su nombre, y, sobre todo, porque no habia recibido el bautismo de la fama en el ahumado recinto del café del Príncipe; los que al ver el buen efecto que habian producido en la generalidad de los que sienten y piensan las tres composiciones sometidas en *El Heraldo* al fallo de las personas de gusto, variaron de opinion y cesaron de condenar el entusiasmo *estravagante* de los que tenian la *candidez* de aplaudir á un desconocido, ¿no buscarán hoy desde el polvo de su impotencia recursos para abatir al que reclama ser oido con tan valederos títulos? ¡Plegue al cielo que no me engañe, aunque no sea mas que por honor del gremio que se dá á sí propio el nombre de literario!

Pero digamos, antes de proseguir esta historia, algunas palabras relativas á las circunstan-

(1) Los de D. Rafael María Baralt, D. Juan E. Hartzenbusch y D. Felix de Uzuriaga, que habian leido en mi casa y celebrado lealmente algunas poesías del vate murciano.

cias de su héroe. D. José Selgas y Carrasco nació en Murcia á fines de 1824. Su padre, D. Juan Antonio, fué honrado interventor de correos de aquella administracion principal. Declarado cesante, á pesar de su probidad reconocida y merced á sus opiniones contrarias aunque inofensivas, al órden de cosas inaugurado en 1833, sufrió inmerecidas desgracias y al fin murió de pesar, no dejando á sus hijos mas herencia que su buen nombre, y á su esposa la modesta pension de viuda correspondiente á su destino.

El Jóven Selgas estudió con aprovechamiento la lengua latina y sus clásicos y la filosofía en el seminario conciliar de san Fulgencio. La falta de medios no le permitió seguir una carrera literaria. Desde los primeros años de su juventud se dedicó á aliviar la suerte de su familia, ocupando modestos y subalternos puestos en algunas dependencias y oficinas de la provincia, en las que siempre obtuvo el aprecio de sus jefes por su clara comprension, por el buen desempeño de los negocios que se le fiaban y por su honrado porte y suma delicadeza.

En sus horas de descanso se dedicaba á cultivar la literatura y la poesía, dando á conocer desde luego sus buenas disposiciones; y todavía era muy jóven cuando escribió un *Cuento* en el que, á vueltas de un plan desarreglado y un interés casi nulo, se encuentran descripciones lle-

nas de vida y versos tan hermosos y galanos como los del Sr. Duque de Rivas en el *El moro espósito*, poema cuya forma se propuso imitar nuestro poeta. Ademas ha escrito poesías líricas muy bellas, y tres comedias en uno, dos y tres actos, tituladas, la primera *Todo un tio;* la segunda, *Dos ángeles*; la tercera *La piedra filosofal*. En ellas se advierte desde luego una facilidad, gracia, soltura y animacion en el diálogo que no puede menos de sorprendernos en quien comienza apenas á cultivar la poesía dramática, y la segunda ha sido representada en el teatro de Murcia con muy buen éxito.

Selgas es sencillo, bueno, afable, honrado y generoso, rayando en abandono el descuido de sí mismo.

La degradacion en materias literarias ha llegado entre nosotros á tanto, que basta saber pensar y escribir en prosa ó en verso, para no encontrar por nada del mundo editor que imprima y recompense medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta. Mientras mas elevado es el mérito de las obras, menos propicios suelen hallarse los editores á adquirirlas. Para encontrar editores es necesario muchas veces haber perdido la dignidad de autor y aun la de hombre, y sobre todo, escribir mal ó traducir libros franceses.

Este cuadro parecerá exagerado y no lo es.

Mas que verdaderos editores, los que en Madrid se ocupan en negociar con los frutos del ingenio, ni aun siquiera conocen lo que importa á sus intereses; y para uno que comprenda su posicion y satisfaga dignamente las condiciones de su destino, hay mil que lo desnaturalizan y degradan, envileciendo al par la literatura, coadyuvando á barbarizar el idioma, y sembrando semillas cuya ponzoña no dejará de producir resultados perniciosos, cuando apenas haya medio alguno de conjurar sus efectos.

Así, pues, los que sin conocer á Selgas anhelábamos que fuesen conocidas sus obras, desesperábamos de encontrar editor que se encargase de sacarlas á la luz pública á pesar de sus breves dimensiones, en atencion á que los editores solo suelen curarse de publicar lo que entienden, y no han nacido las flores para perfumar al fiemo. Pero cuando mas difícil se nos figuraba llegar al logro de nuestros deseos; cuando yo, principalmente, pensaba recurrir para realizarlos á la generosidad de una persona siempre amiga y protectora de la juventud y de las artes, me sorprendió agradablemente la idea de abrir una susericion para llevar á cabo con facilidad, en honor y provecho del autor, y sin exigir de nadie lo que pudiéramos llamar sacrificio pecuniario, la impresion de tan delicadas poesías.

El ilustrado director de *El Heraldo* D. José

María de Mora, autor de este feliz pensamiento, habia creido que a nadie mejor que a los que se gozaron en publicar el mérito del novel poeta correspondia afanarse en dar à luz reunidas sus castas inspiraciones; y que de tal modo patentizaria *El Heraldo*, no solo que reconoce y aplaude el mérito donde quiera que reside, sin que haya para él mejor recomendacion que poseerlo, sino que sus hombres son verdaderos amigos de la juventud, y se apresuran à auxiliarla con recursos positivos en las personas de aquellos que la representan dignamente.

Como las ideas que nacen de un sentimiento generoso dejan rara vez de ocasionar provechosos resultados, la del Sr. Mora, cuya vasta ilustracion y bondadoso carácter lo elevan á mucha altura, fué acogida y puesta en práctica en solo un punto. El éxito ha justificado lo que indico.

La lista de suscritores que llena las últimas páginas del presente libro, y otras circunstancias que no deben ser ni serán agenas al conocimiento de quien leyere este prólogo, prueban mas que suficientemente la exactitud de mis palabras. El Sr. Mora debe, pues, estar orgulloso de su pensamiento; y los hombres que se agrupan alrededor de *El Heraldo* de componer la primera fraccion política (tal vez no fuera injusto darle el nombre de gran partido) que, curándose de la juventud y de las letras, ha empezado

á tenderles una mano bienhechora, sacando de la oscuridad en que yacía á un jóven poeta de brillantes esperanzas.

Pero entre todos los que han contribuido á realizar esta buena accion, cuyo mayor mérito consiste en la espontaneidad con que ha sido llevada á cabo, ninguno puede estar con mas justicia satisfecho de sí mismo, ninguno es mas acreedor á la gratitud de la juventud y de las letras que el Excmo. Sr. Conde de San Luis, ministro de la Gobernacion del Reino.

En medio de las graves atenciones del cargo que tan dignamente nesempeña, el Señor Conde de San Luis, á cuya generosa solicitud por la literatura y por las artes deben tanto unas y otra, no bien supo que existia un jóven de mérito, oscurecido en el rincon de una provincia; no bien llegó á sus oidos que las inspiraciones poéticas de este jóven salian de la esfera de lo vulgar, y que la fortuna habia sido para con él avara de sus tesoros, quiso conocer por sí propio el valor de sus celebradas composiciones; y en cuanto leyó algunas de ellas, el claro talento y fino gusto que le distinguen le patentizaron que efectivamente Selgas no pertenecia al número de los embadurnadores que infestan el Parnaso castellano.

Merced á tal conocimiento; gracias al entusiasmo que inspira siempre al Sr. Conde todo lo

que es grande y generoso, apenas le fué indicado el laudable pensamiento del Sr. Mora, cuando se apresuró á suscribirse por 100 ejemplares de la *Primavera* y á manifestar el deseo de proteger, del modo delicado y digno que sabe hacerlo, al hasta entonces poco venturoso vate.

—«El hombre que recibe tan bellas inspiraciones, dijo (despues de haber leido algunas de las de Selgas y dirigiéndose al Sr. D. José Juan Navarro, persona de las que con mayor interés le hablaron en pro del poeta desconocido), bien merece la pena de que se le aliente. Y pues ingenio tan modesto ha carecido hasta ahora de ancho espacio donde volar, abramos desde hoy á sus alas mas dilatado horizonte. Animar á los jóvenes de corazon y entendimiento; buscarlos donde quiera que se encuentren; estimularlos á ser grandes y virtuosos, debe ser la divisa de nuestro partido. Bastante ha predominado en otros el favor, predomine en nosotros la justicia; no rehusemos á los hombres de mérito los oficios de amigos y admiradores. Lo que no podamos hacer en un dia, procuremos verificarlo en un año. De este modo llegarán tiempos en los que ningun verdadero valer pueda quejarse de no haber siquiera obtenido una parte de la recompensa merecida.

No haré comentario alguno acerca de estas palabras. Cuando hiere nuestros ojos la luz del

dia, inútil fuera detenernos en probar que ha desaparecido la noche. Pero á las almas de noble temple no les basta favorecer. Para quedar satisfechas de los beneficios que derraman, necesitan al dispensar el favor, honrar al favorecido; y esta aspiracion casi divina es tanto mas admirable, cuanto es mas propio de la vanidad humana favorecer por egoismo, y blasonar de los favores en términos humillantes las mas veces para aquellos que los reciben.

El Sr. Conde de San Luis es un valedor generoso y delicado. Esto solo bastaria para hacer patentes las bondades de su corazon y la altura de sus pensamientos; dotes raras en todas épocas entre los hombres de Estado, y rarísimas, por desgracia, en nuestro siglo, en el que cuantos fijan su atencion é intervienen en la marcha de los negocios públicos, procuran representar la comedia *Cada uno para sí*, con mas propiedad y mas empeño del que puso en escribirla nuestro inmortal Calderon de la Barca.

Veamos, pues, en corroboracion de lo dicho, cómo el Sr. Conde de San Luis ofrecia su proteccion al jóven poeta de Murcia, á los pocos dias de haber visto la luz pública mi artículo de *El Heraldo*.

SR. D. JOSE SELGAS Y CARRASCO:

«Muy Sr. mio: He leido con placer algunas de las composiciones poéticas que forman parte de la preciosa coleccion á que ha dado V. el título de *La Primavera*, tanto por la delicadeza y el buen gusto que en ellas resaltan, cuanto porque descubren dotes que cultivadas con esmero, y espaciadas en mayor teatro que el de una capital de provincia, podrán dar gloria á V. y lustre á la musa española de nuestros tiempos.

«Deseoso, pues, de contribuir á la realizacion de esta idea; amante de los jóvenes en quienes la modestia reside hermanada con el talento; y sabedor de que V., mas rico en ingenio y en virtudes que en bienes de fortuna, desea ensanchar en Madrid el círculo de sus conocimientos y procurarse una subsistencia decorosa, tengo el gusto de ofrecer á V. mi amistad, animándolo á que venga desde luego á esta corte, donde cuidaré de que encuentre V. ocupacion compatible con sus estudios y aficiones.

«Con este motivo saluda á V. affmo. seguro servidor y amigo Q. S. M. B.=EL CONDE DE SAN LUIS.»

Pintar la impresion que debió causar en el alma de nuestro poeta la carta que acabo de tras-

cribir fuera empeño superior á mis alcances. Sin embargo, en mi humilde concepto, documento tan precioso debió ser para él como la luz para el que ha permanecido ciego por largos años; como la fuente para el que espira de sed y solo puede recibir del agua la salvacion y la vida.

Selgas, que sufria las privaciones inherentes á una posicion oscura, subalterna, indigna de su talento y sus virtudes, pero en la cual se hallaba resignado á sufrir las injusticias de la suerte, se encuentra un dia sorprendido (por causas que nunca hubiera imaginado su modestia), con la proteccion de un Ministro jóven, de talento, cuya importancia se acrecienta á medida que su reputacion se acrisola, y que tiene la delicadeza, peregrina por lo rara, de no brindarle con el favor de un Mecenas sino con el afecto de un amigo.

Circunstancias semejante significaba para él tanto como pasar desde el caos del olvido al mundo de la esperanza y de la gloria. Así es que á los tres dias de recibida dicha carta pisó por primera vez el suelo de la coronada villa y tuvo la honra de saludar á su ilustre favorecedor, en frases entrecortadas de las que apenas se atreve á articular, porque todo le parece frio, un corazon donde rebosa el verdadero agradecimiento. Poco despues Selgas recibió el nombramiento de Auxiliar del Ministerio de la Gobernacion, con doce mil reales de sueldo, y el Sr. Conde de San Luis la

satisfaccion imponderable que nos resulta de obrar bien y de hacer algo en pro de quien lo merece.

Acaso no faltarán personas que al leer las presentes líneas me tachen de lisonjero, cuando no cubran mis palabras con el sambenito de aduladoras. No me causará sorpresa: porque ¿de qué no es capaz la maledicencia humana? ¿Ni cómo dejará de escupir veneno sobre el manto de la justicia fecunda, la envidia que se reconoce estéril? Maldigan, pues, en buen hora, maldigan de la veracidad de este escrito los que sintiéndose incapaces de generosidad deseáran que no existieran en el mundo corazones generosos. Maldigan los que amamantados en la escuela de la ingratitud y de la envidia, solo quisieran encontrar envidiosos é ingratos sobre la tierra. Hay acciones en las cuales jamás dejan de estrellarse los tiros de los maldicientes; y á este número corresponde el honrar y favorecer al mérito; el proclamar en voz alta, despreciando las miserias de los que besan los grillos de sus mezquinas pasiones, que no es posible representar en la escena del mundo papel mas digno que el de servir de Providencia á la virtud ignorada, al ingenio modesto y desatendido.

En cuanto á mí, nunca me juzgo mas dichoso ni mas honrado que cuando puedo enaltecer justamente, como me sucede ahora, nobles y gene-

rosas acciones. ¡Son tan pocas las que de esta especie se realizan en el mundo! Ademas, en la presente ocasion, tratándose, como se trata, del Sr. Conde de San Luis, el hacer justicia es para mí doblemente lisonjero. ¡Es tan grato poder ensalzar dignamente á las personas que nos han favorecido! ¡Es tan dulce y dispierta en el corazon tanto entusiasmo encontrar nobles y grandes á aquellos con los cuales hemos contraido deudas de agradecimiento! ¿Ni qué satisfaccion hay mas pura que la de confesarse agradecido?

Quédese para las almas ruines considerar como carga pesada la gratitud; que yo, no solamente me ufano en dejar consignada en este sitio la mucha de que soy deudor al Sr. Conde de San Luis, mas tengo por honra el proclamar, sin temor de que nadie pueda desmentirme, que en la presente ocasion el sentimiento de la justicia es únicamente el que ha guiado mi pluma. Por dicha, hasta los mismos enemigos del Sr. Conde se han visto precisados á celebrar el acto generoso de que se trata, y la prensa ha estado unánime en prodigarle los elogios que merece. Ministros tan valedores de las letras y de las artes, como lo es el Sr. Conde de San Luis; Ministros que tan gran interés ponen en el desarrollo de la civilizacion y la cultura, y que tan dados son á reformar útilmente cuanto se encomienda á su

custodia, no pueden menos de honrar el pais en que gobiernan.

La proteccion dispensada al jóven Selgas es un acontecimiento verdaderamente plausible para los hombres de saber y de talento, y sobre todo para la juventud estudiosa, que siempre suele sér la mas necesaria de auxilio. Es el primer eslabon de una cadena, gloriosa en alto grado para su artífice. El Sr. Conde de San Luis jamás abandonará un sendero en el que pueden coronar sus sienes flores de inextinguible perfume. Dígalo sino *El Tulipan*, tan bello como elegante, colocado á la cabeza de estas poesías.

Tal es la historia de la aparicion de Selgas en el mundo literario; tal la de la publicacion del presente libro.

Ahora bien: ¿es este digno de las alabanzas que se le tributan? ¿El mérito de *La Primavera* es tal como dicen los que han leido dicha coleccion de composiciones poéticas? ¿Por qué unas sencillas poesías de flores han despertado la atencion de persónas entre las que se cuentan algunas que són maestras en el arte, y muchas para las cuales lo bello es familiar, sea cualquiera la forma de que se revista? Voy á procurar demostrarlo.

Toda creacion del ingenio humano tiene dos clases de mérito: uno que podemos denominar relativo; otro al que corresponde de justicia la

calificacion de absoluto. Aquel es el que resulta de la importancia de una obra como espresion de un estado social dado; esto es, de la relacion que existe entre la produccion del ingenio y la civilizacion particular de que ha provenido y que ha sido parte á modificarla en sus accidentes, ó en su esencia. Este, el que no se halla sujeto al influjo de las circunstancias, porque es hijo de cualidades inmutables, y desentendiéndose de las exigencias de actualidad, se dirige al corazon y al entendimiento humano, en vez de concretarse á hablar un lenguaje que solo puedan apreciar bien los hombres de ciertas y determinadas épocas.

El primero es el único mérito que posee la mayor parte de lo que hoy se escribe entre nosotros. De aquí los aplausos que han coronado y coronan ciertas producciones; buenas relativamente, porque satisfacen las exigencias del vulgo de nuestros dias; pero malas en abstracto, porque su belleza, si alguna tienen, es como ya he dicho, relativa, y por lo tanto, efímera y transitoria. Para esta clase de obras nunca falta un público de admiradores. La multitud aplaude siempre lo que está á su alcance, y la belleza elevada no puede estar jamás al alcance de la multitud.

Merced á esta deplorable circunstancia; gracias al primitivo ejemplo difundido en el campo

de la inspiracion poética por hombres de gran valía, cuya anárquica ignorancia ha acreditado como fecundas semillas de destruccion y de muerte, el mal gusto se ha entronizado en la arena literaria de nuestra patria; y auxiliado de un superficialismo punible ha mecido cariñosamente en su regazo á los mas escuros copleros, dándoles en galardon de sus delirios, con la fama pasajera de un dia, el usurpado título de poetas: título que se aplican modestamente en Madrid casi todos los que hacen versos, y que es para muchos de los que viven á costa de la poesía como una corona de vírgen colocada en la frente de una prostituta.

En este lastimoso estado; cuando tales son los elementos que imperan en los dominios de la poesía española de nuestros tiempos; cuando el mérito relativo, es decir, el prosaismo, la palabrería, la vaciedad, aspira á destronar al mérito absoluto, sin conocer que su triunfo no logrará nunca ser sino momentáneo y aparente, no puede menos de halagar á los que tienen fé en la soberanía de lo bello, á los que gozan admirándolo en las manifestaciones del arte, ver que en tan cenagoso pantano se encuentran algunas perlas; pues tanto será mayor el mérito que las avalore, cuanto mas hayan necesitado encerrarse en el seno de su concha para adquirir los cambiantes luminosos que las embellecen.

Selgas pertenece al número de escepciones tan felices. Es una olorosa violeta nacida en pradales de amapolas y jaramagos. No le pidais fastuosas apariencias; no le pidais la púrpura inútil de aquellas ni el jalde envidioso de estos. Pedidle un color que agrade y que no deslumbre; una fragancia que perfume el alma con su pureza, sin que la muerte la estinga, y vereis como su morado aspecto llena vuestro corazon de apacible melancolía; como la delicadeza de su aroma os baña en delicias cuya candidez es la candidez del cielo.

Entre el fárrago de una poesía charlatana y prosáicamente ampulosa; en medio del torbellino de versos, verdugos del idioma y de la belleza, que invade los periódicos y el teatro, Selgas ha sabido, en el rincon de su provincia, libertarse del contagio. Sin buscar lo maravilloso ni dar en lo estravagante como algunos de los ingenios á quien en la actualidad favorece mas el público, ha encontrado en su alma inspiraciones de una originalidad encantadora, y ha tenido el buen gusto de espresarlas con sencillez y en breves términos. Asi vemos que ha sabido combinar diestramente la gracia y ligereza de la forma con la ternura y profundidad del fondo, y que cada una de sus composiciones es un pequeño poema, del cual se puede, en último resultado, sacar no poca enseñanza.

El carácter que distingue esta coleccion de preciosas flores, del vulgo de las llamadas poesías que diariamente se escriben entre nosotros, es el que resulta de haber sabido el poeta enlazar la idea metafísica á la religiosa y á la humana, buscando, para hacerlas perceptibles bajo la forma simbólica, las analogías que existen entre las pasiones del corazon y el carácter emblemático de las flores y de las plantas.

Para él la naturaleza, que aparece muda á la vista de los demas hombres, tiene una elocuencia irresistible, cuyo primero y mas principal destino es cantar las glorias del Criador. Sobre tan sólidos fundamentos, Selgas debia edificar y ha edificado alcázares permanentes. Sus poesías reunen, pues, en abstracto, dos cualidades importantísimas, pero muy difíciles de concertar: el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del norte; la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales. Esta dualidad de carácteres que constituye un conjunto verdaderamente seductor, es el que sublima las inspiraciones de nuestro novel ingenio y las coloca en esfera especial, al lado de las mejores que la musa española ha producido en estos últimos años.

Sin necesidad de que lo diga el poeta, sin que sea preciso consignarlo en este lugar, comprenderá el lector, no bien lea algunas de las

poesías que me ocupan, que se han engendrado en un alma acostumbrada á los rigores de la adversidad y la desdicha; pues solo un hombre desgraciado puede en climas meridionales espresar bien ciertos sentimientos del corazon, y depositar en el fruto de sus inspiraciones la delicada ternura que tanto nos interesa en las flores de esta preciosa guirnalda.

Ya he dicho que para el autor son elocuentes los objetos que para los demas son mudos. Y con efecto, á sus ojos los árboles, las flores, las fuentes, los arroyos, todo, en fin, se halla animado de un espíritu, todo se personifica y se ostentan con los atributos propios del hombre, es decir con sus virtudes, sus vicios, sus pasiones y sus dolores.

Estas personificaciones están muy lejos de asemejarse á las del politeismo griego y son enteramente distintas de las que se encuentran á cada paso en las fábulas indostánicas. Para igualar á aquellas sería necesario que el laurel se convirtiese en Dafne; esto es, que la planta, la flor, el arroyo, el árbol tomasen la forma humana: y sin embargo, en las poesías de Selgas la naturaleza conserva todas las condiciones que le son propias, y la personificacion es puramente espiritual, si así se me permite decirlo. Para anular el carácter de las leyendas del Ganges, sería preciso que el objeto personificado, como

parte de la misma divinidad, como fragmento del gran todo que la constituye, perdiese mucha de la importancia humana que ha dado á sus alegorías nuestro poeta, y este ha tenido el buen gusto (en lo que estriba á mis ojos la mejor parte de su gloria) de escribir un libro verdaderamente humano, nutrido en la sávia fecundadora y sublime de la moral evangélica.

Las flores de Selgas son de un mérito inapreciable; pues no solo nos encantan sus colores, no solo nos embriagan sus perfumes, sino que la miel depositada en su seno puede servir para endulzar las amarguras de nuestra vida; para fortalecer nuestra alma; para estinguir en ella el resabio de plantas cuyo jugo, deleitable en la apariencia, es en realidad ponzoñoso. En ellas encontramos, pues, unidas á la delicadeza, á la ternura de una mujer (cualidad rarísima en todos tiempos entre los poetas líricos españoles), la virginal candidez de un niño, y la grave y severa profundidad de un filósofo cristiano.

Con semejantes cualidades, ilustrada con tan no vulgares dotes, *La Primavera* de Selgas no podia menos de llamar la atencion de las personas de gusto. Un libro que, sin carecer de descuidos ni de defectos, contiene tantas bellezas; un libro que por su originalidad, por su índole, por su objeto se aleja tanto y tan felizmente del sendero que sigue la mayor parte de los ingenios

de la corte; un libro que al mérito absoluto que lo realza reune tambien el mérito relativo, esto es, una forma cuya belleza no pueden rechazar aquellos que se alimentan de mas groseros manjares, merece la pena de que se celebren sus buenas partes, no solamente en nuestros dias, sino en cualesquiera otros menos aciagos para las letras. Si á esta consideracion se añade la de que dicho libro es el primero que sale á pública luz, de un jóven hasta ahora desconocido, inútil será añadir que el entusiasmo escitado por su lectura en las personas de que se ha hecho mérito es legítimo en alto grado.

Ni malgastaré el tiempo en buscar una calificacion determinada para distinguir la familia poética á que pertenecen las flores del vate murciano. ¿Será mayor ó menor su mérito porque las apellidemos con este ó con aquel nombre? ¿Perderán algun átomo de su importancia, si no nos atrevemos á decir terminantemente que son epígramas ó letrillas, madrigales ó baladas, apólogos ó canciones? Basta con que sepamos que son buenas; y no vacilo en decir que lo son, porque en ellas suelen encontrarse los mas bellos pensamientos espresados en la mas bella, en la mas adecuada de las formas.

Sin embargo, en la mayor parte de tales flores encontramos algo del apólogo y del idilio; del lied nacido en los bosques de la Germanía y de

los cánticos populares del norte, sin contar cierto aire de semejanza, mas ó menos indicado, con las parábolas bíblicas. Y á pesar de estas diversas analogías parciales, y las flores de Selgas son esclusivamente suyas, y tienen una individualidad tan determinadamente propia, que no se pueden confundir con ningunas de las composiciones dirigidas al mismo objeto, entre aquellas que ilustran nuestro parnaso. Solo ha salido á luz un libro en el que se encuentran algunas inspiraciones análogas á las de Selgas bajo la forma de apólogos: las fábulas de Hartzenbúsch, cuyo mérito es indecible, y que apenas han ocupado un momento la atencion del público y de la prensa, quizá por esta misma circunstancia.

Réstame, para poner fin á este molesto proemio, llamar en apoyo de mis palabras algunos ejemplos tomados al azar en las poesías que nos ocupan. Así no padecerán duda mis razones, y se comprenderá mejor la índole del poeta al escuchar los acentos nacidos de lo profundo de su alma. Por lo demas, estas citas darán á conocer tambien las prendas mas notables de su estilo y los lunares que suelen afear á veces cuadros de tanta espontaneidad y tan bien sentidos é imaginados.

El poeta empieza por esclamar con el acento de un alma buena:

...

«¡Quien pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!»

Y despues de decir en unos tercetos que no desdeñaría Rioja:

«La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.
«El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo...
Y toda la ilusion desaparece.
«Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría
Y llegan el dolor y el desconsuelo.
. . . .
«El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega;»

Despues de decir que los recuerdos son un

«Fanal que guarda deliciosas flores»

prorumpe en este sentido apóstrofe, cuyo objeto es el norte fijo y constante de todas sus inspiraciones:

«Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvaríos;
Brille en mi corazon tu sentimiento;
Brille en mi vida y en los versos mios.»

Si le inquietan ensueños de gloria, la personifica bajo el nombre de *Laura*, y nos dice que su hermosura es *pálida*, pero que su palidez es *la de la azucena*. Sus ojos la ven en todas partes:

«En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar; cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finje la luz de la mañana;
. . . .
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo
Y rápida otra vez desaparece.»

Si celebra la vuelta de la *Primavera*, esclama:

«Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor.»

Si quiere pintar la *inocencia*, la personifica en un cristalino arroyo, y le dice:

«El áura de quien eres
Amado y bendecido,
Te besa, y al besarte
Se lleva tus suspiros.
«Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solícitas las beben
Para endulzar sus trinos.»

Si aspira á revelarnos los *Misterios de una*

Pasionaria, la pinta reclinada entre los brazos de un sauce arrullada por las áuras y acariciada de los céfiros, y nos dice que

«...De la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas
Ciñen el cáliz ocúlto,
Y pudorosas lo abrazan;
Dejando entrever suave,
Ligeramente rizada,
Del boton maravilloso
La recogida guirnalda.»

Entonces nos pinta como la mas gentil mariposa del valle, la de mas vistosos colores se posa en la flor:

«Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida
Y como al amor el alma.
. . . .
Muévese y tiembla la flor;
Y, mas que la espuma blanca,
Se eleva la mariposa,
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afan purificada,
Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza.»

¿Cabe nada mas delicado y mas bello que

esta apoteosis del dolor, en la que vemos que los sufrimientos purifican el alma de las brillantes miserias de la vida para conducirla insensiblemente al cielo?

¿Y qué interesante cuadro no ofrece el soneto titulado *El sauce y el ciprés*, en el que un pensamiento el mas consolador y fecundo aparece ataviado con las galas de la mas selecta poesía? La debilidad humana se rebela contra los padecimientos, envidia una felicidad que no existe en la tierra, y que juzga, no obstante, ver á su lado, y se mustia y languidece suspirando por alargar una vida coronada de tristeza. Entonces el símbolo de la aspiracion y de la plegaria, el ciprés, cuyas ramas huyen de la tierra para acercarse al cielo, esclama, como si hubiese aprendido en el cielo mismo palabras tan consoladoras:—Dichosos los que lloran en este mundo, porque el dolor es el crisol en que se depura el hombre.

Sería interminable mi tarea si hubiese de indicar siquiera la multitud de pensamientos tiernos, profundos, ingenuos ó delicados que abundan en este libro; si hubiese de determinar los rasgos brillantes, las descripciones felices, la singular belleza, en fin, que resalta en todas y en cada una de las flores de tan hermoso ramillete. Creo, pues, que con lo dicho basta para conocer que no es la pasion, sino la justicia, la

que ha guiado mi pluma; pero si no se persuadiesen de esta verdad, por los ejemplos citados, algunos de los lectores, lean las poesías tituladas *La Modestia*, *El Laurel*, *La Alondra*, *El Céfiro y una flor*, *Lo que son las mariposas*, *Las dos Camelias*, *La Dalia* y otras cuya enumeracion fuera prolija, y en ellas encontrarán la mejor respuesta que puede darse á sus dudas.

¿Deberemos detenernos ahora á decir que es lástima encontrar algunos lunares entre tantas perfecciones, y que la repeticion ó mala colocacion de algun epíteto, la poca propiedad de algun verbo ó lo poco selecto de algun giro son faltas que el autor ha podido evitar á poca costa y que no han debido aparecer en un libro cuya correccion y elegancia son generalmente tan notables? De ningun modo, porque tal vez el autor hubiera anulado préviamente tal censura, si hubiese hecho por sí mismo la edicion de sus poesías.

La Primavera de Selgas es un nuevo testimonio de la feliz reaccion hácia los buenos principios literarios que se va verificando en silencio, desde algun tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos constantes y generosos de algunos hombres de mérito. Trabajemos, pues, sin descanso para que las letras, y sobre todo la poesía, salgan del estado de postracion en que hoy

se hallan, y no olvidemos la sentencia de Tito Livio, segun la cual siempre vence quien virtuosamente porfía:

Pertinax virtus omnia vincit.

MANUEL CAÑETE.

Junio de 1850.

Al Excmo. Sr. D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, Vizconde de Priego, Ministro de la Gobernacion del Reino, &c. &c. cuando en el modesto poeta Selgas tendió una mano protectora al verdadero mérito.

APOLOGO.

Al fin de lluvioso invierno,
De entre-sombrío zarzal,
En árida roca y triste,
Nace rojo tulipan.
Orgulloso en su corola
Ostenta, del oro á par,
De purísimo rocío
Una gota virginal.
Al blando halago del áura
Parece que á ceder va;
Y es que busca, en torno suyo,
Dónde el alma dilatar.
En las descarnadas crestas
Vé, melancólico asaz,
Al rudo y añoso roble,
Y por el cielo cruzar,
Que nebuloso le cubre,
Aves de agüero fatal.

XLII

No mas el eco repite
Que su funesto graznar;
Ni mas un arroyo copia
Que aridez y soledad.
Con hondo murmurio entónce,
El mísero tulipan
Esclamó:—«¿De qué me sirven
Mi lozanía y beldad?
Do todo es horror y espanto
La hermosura está de mas.»
Dijo; y la cerviz altiva
Dobló con ansia mortal;
Y los cielos le miraron
Callado y mustio espirar.

La flor mas linda de abril
Ví que marchitó el olvido,
Miéntras de régio pensil
Llenaba el centro escogido
La ortiga insolente y vil.
¿Hasta cuándo infáusta suerte
Del saber y la virtud
Será enemigo el mas fuerte;
Y entre cadenas de muerte
Los tendrá en esclavitud?
Dije: y escuché asombrado
Voz que el bueno reverencia,
Eco del cielo bajado,
Que esclamó: «Empiece el reinado
De la virtud y la ciencia.»

Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

LA PRIMAVERA.

INTRODUCCION.

LA INOCENCIA.—LA VIRTUD.

Bellos los años son, bella es la vida
En aquella feliz edad de flores
En sueños de inocencia adormecida;

Cuando el alma no tiene sinsabores,
Y cuando el corazon aun no ha pagado
Tributo de dolor á los dolores;

Cuando vive feliz y sin cuidado;
Muestra de lo que el hombre ser podia,
Muestra de lo que fué sin el pecado.

Mas ¡ah! que la inquietud y la agonía,
Aun no traspuesta la infeliz infancia,
No nos dejan un punto de alegría.

¡Saber!... necia ambicion, vana arrogancia;
Pues cuanto mas el hombre en él se empeña,
Mas se cubre de luto y de ignorancia.

¿Qué dificil estudio nos enseña
A cegar el abismo tenebroso
Por donde nuestra vida se despeña?

¿Es por ventura el sabio mas dichoso?
Y el que la suerte á las riquezas lanza,
¿Cuenta muchos instantes de reposo?

Y la esperanza, en fin... ¿Qué es la esperanza,
Mas que la dolorosa resistencia
¿Que hacemos al pesar que nos alcanza?

¡Dificil inquietud, triste esperiencia!
¡Quien pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos estraños?
¿Por qué este afan tenemos á una vida
Tan llena de amargura y desengaños?...

La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.

El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásgase el velo.....
Y toda la ilusion desaparece.

Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría,
Y llegan el dolor y el desconsuelo.

Y lento llega y perezoso un dia,
Y otro dia tambien; y todo llega
Sin término poner á su agonía.

El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega.

Si lozano el espíritu resiste,
En vano intenta renovar la vida
Dentro de un corazon que ya no existe.

Asi felicidad la mas querida,
La que fuera la luz de la existencia
Es de nosotros mismos homicida.

¡Infalible verdad! ¡Triste esperiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos estraños?
¿No es la virtud la amiga bienhechora
Que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor què nos devora?
Si llora con nosotros..... ¡qué dulzura
No derrama en las lágrimas que llora!

Mágica luz de nuestra vida oscura,
Destello tibio, misterioso y santo,
Que sigue al sol de la inocencia pura.

Ella nos cubre con su hermoso manto;
Ella el afan mitiga y el desvelo;
Ella nos presta inagotable encanto.

Ella que es inmortal, porque es del cielo,
Cuando á morir la muerte nos inclina,
Nos llena de esperanza y de consuelo.

Siempre á la par de nuestro bien camina,
Y despues de esta vida transitoria,
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

Ella llena de luz nuestra memoria;
Ella en brillantes páginas escribe
De la vida fugaz la breve historia,

Y solo, oh, Dios, para nosotros vive;
Y solo, solo con cuidados paga
Los muchos desengaños que recibe.

¡Quién no será feliz si ella lo halaga!
¿Dónde se halla el placer, dó la ventura,
Que como la virtud nos satisfaga?

Virtud, santa virtud, tu llama pura
Alumbre con sus vívidos fulgores
La triste imágen de mi vida oscura.

Tú sabes mitigar mis sinsabores,
Tú, y el recuerdo de la edad primera,
Fanal que guarda deliciosas flores.

Aurora de tranquila primavera,
Sonrisa del placer mas inocente,
Que fuera nuestro bien si eterna fuera.

Entonces que la vida dulcemente,
Al torpe engaño y la ambicion estraña,
La mansa paz de la inocencia siente;

Entonces que al espíritu no engaña
El afan de la vida, ní el tormento
De la envidia maléfica le daña;

Entonces que discurre el pensamiento
Por campos en verdura siempre iguales
Sin pena, ni temor, ni sentimiento;

Entonces que los labios virginales
Recogen con espléndida dulzura
La pasion de los besos maternales,

Y el alma coronada de hermosura
Entre Dios y los hombres se levanta,
Emblema hermoso de inocencia pura.

Inocencia feliz que nos encanta,
Virtud que á ser felices nos enseña
Y al bien dirige nuestra torpe planta.

Flores, oh Dios, que en destrozar se empeña
El revuelto tropel de las pasiones
Por donde nuestra vida se despeña.

Mal los grandes y hermosos corazones
A la virtud y á la inocencia fian
Sus castas y queridas ilusiones.

Que la virtud y la inocencia envian
Consuelo al mal, y luz á la ignorancia
De los que á su grandeza se confian.

Llenos de vuestra tímida fragancia,
Venid á perfumar mi pensamiento,
Dulcísimos recuerdos de la infancia.

Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvarios;
Brille en mi corazon tu sentimiento;
Brille en mi vida, y en los versos mios!

Abril.—1849.

AMOR DEL POETA.

¿No conoceis á Laura? ¿No habeis visto
La dulce risa de sus lábios rojos,
Ni la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos?
Su semblante es de amor; en él retrata
La fé de su ternura,
Tiene de paz y bien el alma llena;
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa
La casta languidez con que se mueve,
Y la blancura hermosa

Copió en su seno la preciada nieve:
El áura cariñosa
Recogió de su aliento
Los vuelos apacibles y suaves,
Y al escuchar su acento
Trinar supieron las pintadas aves.
Tan pálida y tan bella,
Sus gracias todas le prestó la aurora.
Rien las flores al mirarlas ella;
Y con dulce armonía
La fuente gime cuando Laura llora.
Su cándida alegría
Es el nacer del Sol; si mira triste,
Es la tristeza con que muere el dia.
Rasgando el manto de la nube oscuro,
No es mas bello el azul del firmamento.
Su corazon es puro;
Como su corazon su pensamiento.

¿Y no la conoceis? ¿No habeis sentido
El suspiro doliente
De sus hermosos lábios desprendido?
¿La esperanza jamás os la fingía?
Y en el sueño de amor mas inocente
¿No la pudo entrever la fantasía?
¿Y en apacible calma
Llenos de amor sentís los corazones,
Y guardais en el alma
Profundas y queridas ilusiones....»
A mí se apareció: la infancia apenas

Me regalaba hermosas
Sus últimas coronas de azucenas,
Sus ya pálidas rosas.
Y yo la ví: mi corazon temblaba
Al sol de sus miradas cariñosas;
Llena de luz y de hermosura estaba.
Sobre mí se inclinó, besó mi frente;
En ella dejó escrito
El sello de un afan puro y ardiente,
El gérmen de un amor harto infinito.

Despues huyó. Y desde entonces siento
De su casta hermosura
El corazon sediento;
En los misterios de la noche oscura
La escucho suspirar: cual sombra vana
Por el bosque sombrío
Me la finje la luz de la mañana;
Búscala ansioso el pensamiento mio
Por la verde pradera,
Por la márgen del rio,
Cuando la tarde tímida y ligera
Llueve sobre las flores su rocío.
Vive en mi corazon, vive en mi vida;
Mis penas desvanece,
A mi profundo amor agradecida,
Y calma mi desvelo;
Si á mis inquietos ojos comparece,
Su blanca mano me señala el cielo,
Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza
Derrama en mis ensueños un tesoro
De ternura y grandeza,
De armonías, perfumes y colores;
Cielos azules recamados de oro,
Campos cubiertos de lozanas flores.

Vision consoladora,
Manantial de mis dulces alegrías,
Estrella bienhechora,
Luz que ilumina mis oscuros dias....
¿Qué fuera yo sin tí?... Planta sin fruto,
Nebulosa mañana,
Corazon lleno de amargura y luto,
Hijo infeliz de la miseria humana.

A LA PRIMAVERA.

Huyó por fin el perezoso invierno:
Las pardas nubes que apiñadas antes
Coronaban los turbios horizontes
En gigantescas masas divididas,
Disipándose van. Ya no se escucha
Mugir soberbio en las quebradas rocas,
Ni trémulo azotar las ramas secas,
Al ábrego sañudo; ni á su empuje
Rechinando girar en la alta torre
La atrevida veleta. Leves giran
Por el tranquillo azul del firmamento
Tímidas bandas de fugaz blancura,

Recamadas de púrpura y de oro.
Con ellas ciñe virginal la aurora
Sus contornos de luz cuando en oriente
Al mundo anuncia la feliz mañana,
Y el mundo todo de placer sonríe.

Portadora de dulces armonías,
El áura en fácil y apacible vuelo
Sus alas tiende, y bulliciosa mide
De la ancha vega la llanura hermosa,
Y todo al soplo de su amor verdéa.
En risueña cascada se desprende
Del alto monte el saltador arroyo
Y al prado llega y lo fecunda y baña:
Y ora entre juncos murmurando corre,
Ora en remansos por correr se inquieta,
Ora su dócil curso prosiguiendo,
Las caprichosas márgenes matiza
De tiernas flores que á su paso brotan,
Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,
Del olmo ciñe el corpulento tronco,
Trepa á sus ramas y en la altiva copa
Briosa muestra su naciente fruto.
Riza sus ondas sin descanso el rio,
Doblan su tallo las esbeltas cañas;
El les da perlas de su rica espuma,

Y ellas temblando de placer suspiran;

Y en dulces besos y sentidos ayes
Sus dichas cantan y su amor le dicen.
Todos cubiertos de riqueza y gala,
Pródigos de perfumes, á lo lejos
Formando bosques, los naranjos tienden
Sus verdes ramos, de azahar vestido
El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan
En el follaje oscuro, ya ligeras
Con vuelo desigual cortan el viento,
Ya, caprichosos círculos formando,
Lucen sus alas de brillantes plumas,
Lucen su voz en armoniosos trinos.
Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor. Abre el tesoro
De sus inmensos bienes, y afanosa,
Como tributo de su amor, lo ofrece
Al apacible cielo que la admira,
Al encendido sol que la fecunda.
Lo mismo que en la edad de la inocencia,
Por deliciosos sueños de esperanza
Atraviesan risueñas ilusiones;
Así en el campo de colores lleno
Ahora se siente resbalar tranquilo,
Brillante y claro el bullicioso dia,
Tibias y castas las serenas noches,
Dulces las horas.
Primavera hermosa,

Primavera feliz, bendita seas.
Don celestial, magnífico presente,
Estacion de los dulces pensamientos,
Estacion del amor. Harto cansada
De las pálidas horas del invierno
El alma te esperó. Tu influjo blando
Despierta al triste corazon dormido
En el sueño mortal de sus pesares.
Renacen, ay, como tus bellas flores
Las bellas esperanzas. La alegría
Brota del blando sol de tus mañanas,
Y es preciso olvidar. No mas recuerdos
De penosa inquietud. ¿Acaso solo
Es patrimonio de la vida el llanto?
Quien las penas nos dió, ¿no dió el consuelo?
Renace corazon, olvida y vive;
Puedes amar tambien; naturaleza
Tiene templos de amor, y en sus altares
El alma del pesar se purifica.
¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
Vuela en las brisas, y en las flores bebe
Misterios infinitos de ternura!....
Sé bien venida, Primavera hermosa;
Primavera feliz, bendita seas!

Setiembre.—1849.

LA NIEBLA.

En buen hora vayas tú,
Mansa niebla fugitiva,
Con los bellos tornasoles
Que tu trasparencia cria,

Con los tímidos reflejos
Con que la aurora matiza
La caprichosa inquietud
De tus formas infinitas.

En buen hora vayas, niebla,
Agitada y suspendida
Por los vuelos cariñosos
De la perfumada brisa;

Y trémula y afanosa,
Ya súbito desprendida
Finjas sobre el ancho mar
Ténues bandas amarillas;

O ya en sueltos pabellones,
Vagando leve y tranquila,
De púrpura, nácar y oro
Lujosamente te vistas;

O ya en revuelto tropel,
Mal de tu grado indecisa,
Espiral incomprensible
Y maravillosa finjas:

O ya del viento acosada,
Y por el mismo tendida
Beses el cáliz pintado
De las tiernas florecillas;

O mansamente agitada
El vuelo del áura sigas,
Y del bosque gemidor
Los anchos contornos ciñas;

O ya alzándote orgullosa
Desde la pradera umbría,
Flotante penacho imites
Sobre la roca vecina.

En buen hora, mansa niebla,
Tu inquieto camino sigas,
Mis ojos te seguirán
Mientras te alcance la vista.

Que ese misterioso vuelo,
Que tu existencia fatiga,
Algo para el alma tiene,
Cuando logra seducirla.

Y tal vez, tal vez, oh niebla,
Eres del alma querida,
Porque nuestro corazon
A lo que cambia se inclina.

Y asi te adora y te sigue,
Porque compara tu vida
Con la amorosa inquietud
De sus dulces alegrías.

Leve sombra de la aurora,
Espejo donde se miran
Del amor ardiente y puro
Las ilusiones tranquilas....

Vuela en paz; y en la alta cumbre
Repite con voz sentida,
Lo que las aguas murmuran,
Lo que las flores suspiran.

Setiembre.—1849.

EL CÉFIRO Y UNA FLOR.

Era una flor: dulcísimo tesoro
De cándida hermosura:
Sus hojas blancas, su boton de oro,
Su tallo dócil y su esencia pura.
Era la flór mas bella
Que nace con el dia.
El céfiro volando en torno de ella,
Murmuraba y decia:
—«Preciada estás, oh flor, de ser hermosa,
Y tu altivez por eso
Esquiva desdeñosa
El tierno cáliz á mi dulce beso.

¡Tu orgullo és necio, tu altivez es vana!
Si del alba naciste,
Yo nací del amor de la mañana.
Eres hermosa, pero vives triste.
Hoy vengo todo de perfumes lleno,
Y entre todas te elijo;
Tus hojas abre y dormiré en tu seno.»

Le oyó la flor, y suspiró, y le dijo:
—«Preciado está el sultan de su grandeza.
¡Qué flor esquivaría
El tesoro feliz de su riqueza..!
Dame pues tu armonía,
Tus suspiros suaves;
Pero tu beso... no... me desharia.»
—«¡Solo suspiros quieres!
¿Acaso tú no sabes
Que yo traigo en mis alas los placeres?
Los besos son mis esquisitos dones,
Que yo soy el amor.»—Y en vuelo blando
Casi á besarla alcanza.
Trémula y suspirando,
—«Ay... que mis hojas son las ilusiones,
La flor le contestó: soy la esperanza.»

Setiembre. 1849.

EL AMOR Y EL OLVIDO.

Hija querida de la dulce aurora,
Pura como sus tímidos fulgores,
Entre infinitas y galanas flores,
Una mas bella acariciaba Flora.

Alzábase la flor encantadora,
Y creciendo en bellísimos colores,
Mostraba su ternura á los favores
Del solícito afan de su señora.

Flora halló una mañana carcomido
El hermoso boton, y en él escrita
La huella de un gusano maldecido.

—«Tú eres la rosa del amor bendita,
Y ese gusano ruin es el olvido.»
Dijo, y lloró sobre la flor marchita.

Setiembre.—1849.

LA INOCENCIA.

Corre manso y suave
Arroyo cristalino,
Espejo solitario
Entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,
Y tan puro y tan tímido,
Como el alma inocente
Del inocente niño.

Tus márgenes fecundas
A tu influjo benigno
Coronadas se ostentan
De pomposos jacintos;

Doblèganse los tallos
Trémulos, indecisos,
Y en tu corriente flotan
Capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,
Entrelazados mirtos,
Cándidas azucenas
Y violetas y lirios

Sobre el borde asomados
De tu raudal tranquilo,
Tú corriente matízan
De colores distintos.

El áura de quien eres
amado y bendecido,
Te besa, y al besarte
Se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas
Dan á sus plumas brillo;
Solícitas las beben
Para endulzar sus trinos.

¿Quién eres manso arroyo?
¿Qué poderoso filtro
Te da tanta pureza,
Te da tantos hechizos?

Asi Lálage un dia,
La de mirar divino,
La de la tez de rosa,
La de los blandos rizos,

Siguiendo del arroyo
Los caprichosos giros,
Le hablaba y le decia
Con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce,
Como es dulce un suspiro,
Gimiendo entre la espuma
—«Es la inocencia» dijo.

Y desde entonces Lálage,
Con afan infinito,
Baña sus lábios puros
En el raudal tranquilo.

Setiembre.—1849.

EL LAUREL.

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—«Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

«Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enagenada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

«Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria,
La frente que tú ciñas tambien será inmortal.»

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hácia el rosado oriente sus alas dirigió:
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora;
Se alzó el laurel de nuevo y el sol lo iluminó.

Setiembre.—1849.

LAS AZUCENAS.

Un cefirillo jóven,
Fresco y donoso,
Quejábase una tarde
Triste y lloroso.
Toda su pena
Era el estar prendado
De una azucena.

Llevábale en sus alas
Perlas del rio,

Deliciosos murmullos,
Fresco rocío.
A tantos bienes
La ingrata respondia
Solo desdenes.

Él, ciego de cariño,
Por ablandarla,
Por si rendirla puede,
Quiso cantarla;
Y en dulce acento
Suspiró de este modo
Su sentimiento.

—«Tu pálida belleza
Blanca y querida,
Es, azucena hermosa,
Luz de mi vida;
Pero me mata
Esa misma hermosura,
Si eres ingrata.»

Oyendo en dulce acento
Tales congojas,
Abrió tímidamente
La flor sus hojas;
Y á verlo alcanza
Puro como los sueños
De la esperanza.

Diòle su amor al punto;
Y en su hermosura
Halló el céfiro amante
De gracia pura
Tanta riqueza,
Que fué el amor de entrambos
Todo pureza.
Y por eso en sus trinos
Siempre suaves,
Por los tendidos prados
Cantan las aves:
—«De aromas llenas,
Son las flores mas puras
Las azucenas.»

Setiembre.—1849.

LA CARIDAD Y LA GRATITUD.

Si me presta sus favores
Precisa y fiel la memoria,
Voy á contaros la historia
De un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,
Y ganó mi corazon;
Pero prestadme atencion:
La historia comienza así.

Por la rápida pendiente
De una montaña sombría,
Un débil arroyo huía
De la furia de un torrente.

Despeñábase violento,
Y con rapidez tan suma,
Que convertido en espuma
Iba en las alas del viento.

De tan penoso camino
El pobre arroyo cansado,
Llegó á la márgen de un prado
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores
Alzando sus sueltos talles,
Formaban listas y calles,
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera
Detuvo, formó un remanso,
Y apenas tomó descanso,
Murmuró de esta manera.

—«¡Triste de mí! mal intento
Salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
Y sigue audaz y violento.

«Y entre sus ondas oscuras,
Por breñas y peñascales,
Turbios irán mis cristales,
Perdidas sus ondas puras.

«En vano de la montaña
Abandono el seno inculto...
¡En dónde, en dónde me oculto
De su poderosa saña!»

Calló el arroyo y sentido,
Dice la historia, y pausado
Por los recintos del prado
Se oyó volar un gemido.

Y al soplo del áura fieles,
Doblando los sueltos talles,
Abrieron sus mansas calles
Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
Del arroyo y las congojas,
Unieron sus verdes hojas
Para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,
Y llorando de ternura,
Se ocultó entre la espesura
Que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
Cuando silencio reclama,
Se tendió la verde grama
Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
Salvó su clara corriente
De la furia del torrente
Entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,
Recuerda bien mi memoria,
Que haciendo punto la historia
De esta manera prosigue.

Viéronse desde este dia
A las bienhechoras flores
Lucir mas bellos colores,
Mas pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
Eran, y tanto admiraban,
Que de muy lejos llegaban
Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
Tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
Su corriente tan serena;
Y ellas murieran de pena
Sin su dulce compañía.

Setiembre.—1849.

LA ALONDRA.

Cuentan, y es positivo,
Que allá en tiempos mejores
Y en su idioma nativo
Solian hablar las aves con las flores.
De la misma manera,
Con acentos suaves
Y con voz hechicera,
Hablarían las flores con las aves.

Ello es que una mañana,
Mañana deliciosa

Vestida de oro, de jazmin y grana,
Al pié de cierta fuente cariñosa,
Dando al sol sus colores
Y á los vientos su esencia,
Trataban varias flores
Un asunto muy grave;
Pues aunque les sobraba inteligencia,
Ninguna atina ni esplicarlo sabe.

Confusas las traia
Ver á la alondra en afanoso vuelo,
Al empezar la luz de cada dia,
Remontarse hasta el cielo,
Cantar con misteriosa melodía
Y pronta y breve descender al suelo.
Y mas las admiraba,
Que haciendo altiva de su pluma alarde,
De nuevo se elevaba
Al espirar la luz de cada tarde.

Despues de muy diversos pareceres,
Estas flores hermosas,
Que hermanas deben ser de las mujeres
Y como las mujeres ser curiosas;
En asunto tan sério,
Conformes decretaron
El modo de saber aquel misterio;
Y asi determinaron
Que la ocasion primera y oportuna
Al fin se aprovechara;

Y señalaron una
Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecían sus capullos rojos,
Medio dormidos en sus hojas bellas,
Cuando vieron venir por los rastrojos
La dulce alondra encaminada á ellas.
Y en el momento una
Fresca y brillante rosa,
Blanca como los rayos de la luna,
Le dijo cariñosa:
—«Es inmensa fortuna
Tener en plumas las vistosas galas,
Y levantarse al cielo
Al manso impulso de las sueltas alas.
Tú en envidiable vuelo,
Del espacio señora,
Te levantas y subes
Al espirar la tarde, y con la aurora,
A las altas regiones de las nubes.
Dinos, alondra leve,
¿Qué misterioso encanto
Tus mansas alas mueve?
¿Qué nos revela allí tu dulce canto?»

Sonrióse la alondra (y ya se sabe
Como se puede sonreir un ave),
Y saltando ligera,
Con ademan inquieto,
Corriendo la estension de la pradera,

Depositó en las flores su secreto.
Y las flores temblaron,
Y frescas y lozanas
Jamás este secreto revelaron,
No igualándose en esto á sus hermanas.
Mas desde entonces al nacer el dia,
Y de la tarde al esparcirse el velo,
Las flores con dulcísima alegría
Las frentes alzan contemplando el cielo.

Setiembre.—1849.

LAGRIMAS FECUNDAS.

Una diamela cándida
Y un nardo dulce y tierno
Cariñosos amábanse,
Con el afan eterno,
Con el afan dulcísimo
Del verdadero amor.

Murió la amante tímida;
Lloró el nardo su pena...
Y al riego de sus lágrimas
La siempreviva amena,
Sobre la flor exánime
Dejó crecer su flor.

Setiembre.—1849.

MISTERIOS DE UNA PASIONARIA.

I.

Tan leve como un suspiro,
Apacible como el áura,
De azul y carmin y oro
Enriquecidas las alas,
Una bella mariposa
Inquieta y fácil volaba.
Por verla mejor la fuente
Detiene sus ondas claras,
Y por besarla las flores
Afanosas se levantan.
Ella su vuelo siguiendo
Ni se agita ni se cansa,
Y ya entre las flores vuela,

Ya se detiene en las aguas,
Y de la pradera al bosque
Huye, vuelve, gira, pasa,
Torna de nuevo, y de nuevo
Se pierde en las verdes ramas.

II.

Entre los brazos de un sauce
Dulcemente reclinada,
Tiende sus hermosos tallos
Una fresca pasionaria;
Y de la flor misteriosa
Las verdes hojas lozanas,
Ciñen el cáliz oculto
Y pudorosas le abrazan,
Dejando entrever suave,
Ligeramente rizada,
Del boton maravilloso
La recogida guirnalda.
Un suspiro incomprensible
En torno de ella se exhala;
Y ora tímida se inclina,
Ora modesta se alza.
En tanto gimen las flores,
Suspira invisible el áura,
Trinan inquietas las aves,
Corre murmurando el agua.

III.

Mirando á la mariposa
Cómo por volar se afana,
Suspira tímidamente
La modesta pasionaria;
Y al sentir que el manso vuelo
Por sus pétalos resbala,
Con solícita ternura
Sus verdes hojas dilata;
Y entonces la mariposa,
Trémula, impaciente y casta,
En su regalado seno
Plegó las lujosas galas.
Tendia por occidente
La tarde tímida y mansa
Su régio manto de oro,
Su tibio encaje de nácar;
Y en reposado silencio
Flores, aves, fuentes y áuras,
Ven el sol cómo se oculta
Tras las vecinas montañas;
Y sigue la mariposa
Prendida á la pasionaria,
Como el amor á la vida
Y como al amor el alma;
Y lo mismo que la tarde
Su vivo color apaga,
Se vé que la mariposa

Pierde el matiz de sus alas;
Y el bello carmin, y el oro,
Y el azul brillante cambian
En esa tinta ligera
Que anuncia la luz del alba;
Y alzándose lentamente
El sauce pomposo salva,
Y de sus vanos colores
Y su afan purificada,
Piérdese en los altos cielos
Donde la vista no alcanza.

Muere el sol en occidente,
Dóblase la pasionaria,
Tornan á gemir las flores,
Vuelve á suspirar el áura;
Las aves trinan de nuevo,
Sigue murmurando el agua.

Setiembre.—1849.

LA MODESTIA.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El régio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y habia en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque tambien era uso,
Quiso una flor para esposa;
Y régiamente dispuso
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vian
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por si el régio esplendor
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor,
—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»
Dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo—«Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

—«Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el áura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

Setiembre.—1849.

CELOS.

Preguntábase inocente
Una flor con triste calma,
—«¿Qué es lo que siento en el alma?»
—«Celos,» le dijo una fuente.
Inclinó la flor su frente
Y lloró amargos recelos;
Despues mirando á los cielos
Esclamó con voz sentida,
—«Si me dá el amor la vida
¿Por qué me matan los celos?»

Octubre.—1849.

LO QUE SON LAS MARIPOSAS.

Del tallo de una rosa,
Pálida por la edad, otra se alzaba
Inocente y hermosa,
Abriendo apenas el gentil capullo,
Y mientras que su madre la miraba
Con tierno afan y maternal orgullo,
La hija preguntaba:
—«Decidme, madre mia,
Esas fantasmas breves
De nácar y bellísimos colores,
Que, volando con tímida alegría,
Fugitivas y leves
Se agitan con las flores,
Pasan del bosque á la pradera umbría,
De la enramada cruzan á la fuente;
Que vienen cada dia
Y acarician mi frente,
Y como el aire blando

Me besan con sus alas dulcemente;
Y siempre presurosas,
Huyen, vuelven, se van siempre volando...
¿Es verdad que me aman?
¿Y no es verdad tambien que son hermosas?
¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman?»
—«Se llaman mariposas,
Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos.»
—«¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!
Romped, romped estos estrechos lazos;
Y dadme alas volaré con ellas.»
—«¿Tu infantil alegría,
Tu virginal y cándida hermosura
Tal vez me dejaria
Sola con mi inquietud y mi ternura?»
—«¿Pues qué son mariposas, madre mia?»
—«De hermosura cubiertas,
Félices y lozanas,
Son almas, hija, de las flores muertas,
Que vienen á velar por sus hermanas.»

Dos mañanas despues, la jóven rosa
Huérfana se veia;
Y al beso de una blanca mariposa
Sus pétalos abria,
Esclamando afanosa:
—«Velad, velad por mí, oh madre mia!»

Octubre.—1849.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbría,
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recogía;

Un macilento sáuce se mecía
Por dar alivio á su connstante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena
Al son del viento murmurar se oia:

—«¡Triste nací!... mas en el mundo moran
Seres felices, que el penoso duelo,
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!»

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
—«Dichosos, ay, los que en la tierra lloran,»
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

Octubre.—1849.

LA LISONJERA.

Las áuras leves,
En vuelo blando,
Van suspirando
De flor en flor.
—«¡Quién lo diria!
¡Quién lo creyera!
La lisonjera
Muere de amor:

«Sus mansas hojas,
Rico tesoro
De lila y oro,
Mustias estan.

Dobla la frente,
Trémula gira,
Triste suspira,
Hondo es su afan.

«Ella que en prendas
De sus amores,
Entre favores
Puso el desden;
«Ella que ha visto
Tantos amantes,
Sin que inconstantes
Penas le den.

«La bulliciosa,
Del amor dueña,
La flor risueña,
La alegre flor;
«La que prestaba
Su amor á un ruego:
Su amor.... y luego
Su desamor.

«La que al arroyo
Que la servia,
Amor mentia
Harto cruel.

«Por ella un nardo
Tuvo desvelos,
Y amargos celos
Lloró un clavel.

«La flor ingrata,
La flor hermosa,
La veleidosa
Ahora mirad.
«Ningun consuelo
Su afan mitiga;
Amor castiga
Su veleidad.

«Esos suspiros
Tristes y lentos,
Son los lamentos
De su dolor.
«Oidme flores,
¡Quién lo creyera!
La lisonjera
Muere de amor.»

Octubre.—1849.

LA FLOR DE LA MARAVILLA.

La hermosísima pastora
De la vecina majada,
Tan gentil y encantadora,
Dicen que está enamorada.
Y ello es tanto
Que ya su faz palidece,
O el encanto
De paz en su frente brilla...
Ay... la pastora parece
La flor de la maravilla.

Cuando despierta la aurora
Alegre respira y eanta,
Mas triste suspira y llora
Si la tarde se adelanta.

¿Quién la llena,
Ya de placer y de encanto,
Ya de pena?
Pastora blanca y sencilla....
Cuánto te parece, cuánto,
La flor de la maravilla.

Todas las flores la miran,
Porque inocentes la adoran;
Y si ella canta, suspiran;
Pero cuando llora, lloran.
Y mirando,
Ya palidez, ya colores,
Ir pasando
Por su cándida mejilla,
Llámanla todas las flores
La flor de la maravilla.

Hoy al espirar el dia,
Por entre las flores bellas
Pasó, y alegre venia;
Mas no se detuvo en ellas.
Y una rosa,
De cien claveles amada
Por lo hermosa,
Esclamó con fé sencilla:
—«¿Sabeis?... Está enamorada
La flor de la maravilla.»

Octubre.—1849.

EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era
Su dulce madre una fuente:
Suspirando tristemente
Hablaban de esta manera.

—¿Estás triste?
—¡Oh madre mia!
—¡Suspiras tanto!
—¡Ay de mi!
—¿Quién te dá penas?
—El dia.

—¿Te gusta la noche?
—Sí.
—¿Pasas el dia....
—Llorando.
—¿De tristeza?
—De dolor.
—¿Pasas la noche....
—Velando.
—Hijo ¿qué tienes?
—Amor.
—¿Sin consuelo?
—Sin consuelo.
—¿Y sin esperanza?
—Alguna.
—¿A dónde miras?
—Al cielo.
—¿Quién es tu vida?
—La luna.
—Cuando la ves ¿te da pena?
—Lleno de placer suspiro.
—¿Te mira dulce y serena?
—Me mira mucho y la miro.
—¿Quién calma, si se detiene,
Tu amoroso devaneo?
—La ven mis ojos si viene,
Si no, la ve mi deseo.
—Ese amor es desvarío
Y nadie amó de esa suerte;
Porque ese amor, hijo mio,
Lleva en sus ansias la muerte.

—¡La muerte! dulce alegría,
Única esperanza bella;
En muriendo, madre mia,
Subiré á vivir con ella.

Inquieta gimió la fuente;
Bendiciendo su fortuna,
Levantó el galan la frente,
Y apareció por oriente
Melancólica la luna.

Octubre.—1849.

LAS DOS CAMELIAS.

Tú sabes, Circe mia,
Que tus hermanas las hermosas flores,
Aunque parecen llenas de alegría,
De esperanza y de amores,
Tienen tambien sus horas de agonía
Y de pena cruel y sinsabores;
Y sabes que preciadas
Hay flores vanidosas,
Y que hay flores tambien desventuradas,
Que no es el solo bien el ser hermosas.

Quiérote decir esto, Circe bella....
Mas una historia escucha,
Que á contarte me obligo;

Y si piensas en ella,
Comprenderás muy bien por qué lo digo.

En la bordada orilla
De un manso y melancólico arroyuelo,
Brillaba con lujosa maravilla
Una camelia pura,
Delicioso modelo
De fresca juventud y de hermosura.

De su tallo arrancada,
Y en la márgen amena
Marchita y deshojada,
Otra camelia ¡ay triste! se veia,
Que de pesares llena,
Entre las yerbas húmedas yacía.

La camelia lozana,
Arrogante y hermosa,
Y como hermosa vana,
Miraba desdeñosa
El triste llanto de su pobre hermana.

La flor marchita la miraba en tanto
Con lánguida dulzura;
Y dando tregua á su callado llanto,
Dijo con amargura;

—«Tambien yo tuve deliciosas galas,
Y jóven hermosura;

Y lejos de pesar y de congojas
Los céfiros rizaron con sus alas
El doble manto de mis dobles hojas;
Yo tambien he vivido
Al dulce amparo de dichosa estrella,
Y tambien como tú, tambien he sido,
Casta, y gentil, y virginal, y bella.

«Mas supe que era hermosa;
Me lo dijeron tantos á porfia....
Que me hicieron soberbia y vanidosa;
Y solo apetecia,
Oh, locas esperanzas,
El soplo venenoso
De pérfidas y torpes alabanzas.

«Una mano traidora
Cortóme un dia de mi tallo hermoso
Y—Flor encantadora,
Me dijo con acento cariñoso,
Si tan hermosa eres,
¿Cómo en la soledad y en la tristeza,
Sin lujo vives y olvidada mueres?
Ven y serás el sol de la belleza,
Y la reina serás de los placeres—

«Y fuí; y en el esceso
De mi cruel locura,
Presté mis hojas al impuro beso,
Y cayó marchitada mi hermosura.

«Despues.... los que admiraron
Mi fresca juventud y lozanía,
Pronto me abandonaron
A mi eterno dolor y mi agonía.»

Calló la flor, pero siguió llorando;
Y al oir sus congojas,
La camelia feliz, triste y temblando,
Cubrió su cáliz con sus dobles hojas.
Nunca turbe esta historia
Tu cándida alegría;
Mas ténla en la memoria,
Y no me olvides nunca, oh Circe mia.

Octubre.—1849.

LA INGRATITUD.

La mas modesta página
Del libro de las flores
Refiere unos amores
Que mil veces leí.
Y en versos siempre fáciles,
Con majestad graciosa,
—«Eran, dice, una rosa
Y un cándido alelí.

«Brillaban á la tímida
Luz de la aurora bella,
Jóven y hermosa ella,
Hermoso y jóven él.

Y nunca el blando céfiro
En su volar constante
Vió rosa mas amante,
Ni un alelí mas fiel.

«Él de esperanza trémulo
Dióle un suspiro un dia;
Mas, ah, como solia,
La flor no suspiró.
«Entonces melancólico,
Doblando la cabeza,
De profunda tristeza
El alelí murió.

«Regó con tristes lágrimas
Su ingratitud la rosa,
Y pálida y penosa
Pasó su juventud.
Porque flores y céfiros
Huyeron de la ingrata,
Y aprendieron que mata
La negra ingratitud.»

Noviembre.—1849.

LA ADELFA.

—Vive la adelfa triste,
Siendo gentil y hermosa,
En solitarios campos,
O en las desiertas costas.

¿Por qué no crecen flores
Bajo sus verdes hojas?
¿Por qué la adelfa vive
Tan apartada y sola?

¿Qué penas la entristecen?
¿Qué pesares devora?...
—Flores, prestadme oido
Y os contaré su historia.

Vivió en los prados la adelfa,
Gentil, ufana y pomposa;
Dulce orgullo de la fuente
Que murmuraba á su sombra.

Y vió del prado fecundo
Sobre las bordadas ondas,
Flores de inmensa hermosura
Y de riquísimo aroma.

Tuvo contínuos desvelos,
Y pesares, y congojas...
Y tuvo envidia la adelfa;
Pero lo supo la aurora.

Y allá á los desiertos campos,
Y á las solitarias costas
Hízola huir, pues la envidia
Cuanto respira emponzoña.

Por eso la triste adelfa
Vive macilenta y sola,
Y guarda amargo veneno
Oculto en sus verdes hojas.

Noviembre.—1849.

LA DALIA.

—«La Dalia es hermosa,» cantaban las aves,
Volando lijeras en torno á la flor:
La flor ocultaba sus hojas suaves,
Temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquiva, las aves decian,
Que guarda su cáliz del sol celestial?»
Y mas afanosas sus alas batian,
Y mas se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron: «—¿Te causa congojas
El vuelo oficioso del áura sutil?»
La flor por respuesta cerró mas sus hojas,
Doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura
Abrió muy despacio sus hojas la flor:
Fecunda brillaba su casta hermosura.
¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

Noviembre.—1849.

NO ME OLVIDES.

Hay una flor hermosa,
No tanto como Circe,
Casta como las flores,
Y como casta humilde.

Su esencia es dulce y mansa,
Su tallo manso y triste;
Son ayes sus suspiros,
Misterioso su orígen.

Cuídanla con esmero,
Y afanosos la sirven,
El inocente arroyo
Y el céfiro apacible.

Suplica quien la nombra,
Quien ama la bendice,
Y espera quien con ella
La blanca frente ciñe.

En ausencias penosas
De amantes infelices,
Lleva el dulce mensaje
De lo que el alma dice.

La guarda la doncella
Que enamorada vive;
Fecúndala inocente
Su corazon de vírgen;

Porque la flor es todo
Lo que su amor exige,
Lo que su afan desea,
Lo que sus sueños fingen.

En la pasion primera,
Dulcísima y sublime
Muestra sus mansas hojas,
Y oculta sus raices.

Es un recuerdo hermoso,
Es, ay, un imposible;
Es esperanza bella,
Es inquietud que aflige.

Esta flor misteriosa
Se llama: «No me olvides.»

Noviembre.—1849.

LA ENREDADERA.

Crece al pié de la ventana
De Luz, la hermosa aldeana,
Una hermosa enredadera,
Que mece dulce y lijera
El aura mansa de abril.
Entre sus ramos frondosos,
Verdes, brillantes, pomposos,
Muestra blancas y amarillas
Perfumadas campanillas
La enredadera gentil.

Y ciñen sus frescos brazos
En voluptuosos lazos
Las ramas que besa el viento
Del álamo macilento,
Que le dió sombra al nacer.
Trepa por ellas altiva
Y las oprime lasciva,
Hasta descansar ufana
En la graciosa ventana
Con delicioso placer.

Muestra la flor cada dia
Mas lujosa gallardía,
Mas espléndida riqüeza,
Mas delicada belleza,
Y mas vida, y mas amor.
Y sus hojas de esmeraldas
Forma lijeras guirnaldas;
Y brillan como un tesoro
Flores de nácar y oro
Sobre el fecundo verdor..

Apoyada en su ventana
La cariñosa aldeana,
Ve la rica enredadera
Trepar altiva y lijera,
Brillar pomposa y crecer;
Y por los ramos tendidos,
Vagan sus ojos perdidos;
Y como la planta bella

Siente la hermosa doncella
Indefinible placer.

Con inocente delicia,
Besa dulce y acaricia
La rama fresca y lozana,
Que dibuja en su ventana
Maravilloso feston;
Y no sabe la doncella,
Por qué al ver la planta bella,
Y al acariciarla tanto,
Siente un misterioso encanto
Brotar en su corazon.

Y le dice:—«Dulce planta,
¿Por qué tu verdor me encanta,
Por qué al mirarte suspiro,
Por qué, flor, si no te miro
No siento tanto placer?»
Y la flor maravillosa,
Por lo fresca y por lo hermosa,
Le contesta dulcemente:
—«Porque es como yo inocente
Tu corazon de mujer.»

Y apenas nace la aurora,
La doncella encantadora
Abre su casta ventana;
Y ve pasar la mañana
Acariciando á la flor.

Su gala fecunda admira,
Admirándola suspira,
Suspirando la bendice...
Y la hermosa flor le dice,
—«Yo soy tu primer amor.»

Noviembre.—1849.

LOS PENSAMIENTOS.

Esas que besan los vientos
Agrupadas florecillas,
Que en sus dulces movimientos
Nos parecen tan sencillas,
Son hermosos pensamientos.

El aura los enamora;
Prendada de su belleza
Dulcísimas perlas llora;
Y ellos alzan la cabeza
Para mirar á la aurora.

Hácenles todas las flores
Cariñosas confianzas
Para calmar sus dolores,
Para fingir esperanzas,
Para alimentar amores.

Con sus ayes de contento,
Canta la dulce paloma
En el bosque macilento,
Que es el mas precioso aroma
El de un tierno pensamiento.

A ellos deben su armonía,
Sus alas de amor suaves,
Su inocente lozanía,
Y su dulce melodía,
Fuentes, áuras, flores y aves.

Consuelan á los que lloran,
Nacen cándidos contentos,
Paz y amor donde ellos moran,
¡Cuánta riqueza atesoran
Los hermosos pensamientos!

EL SUEÑO DE LAS FLORES.

Era una tarde de apacible ambiente,
De manso aroma y celestial color;
Iba gimiendo de placer la fuente;
Las áuras iban suspirando amor.

El sol se oculta en el gentil collado,
Que airoso corta el horizonte azul;
Sobre las flores del fecundo prado
La niebla tiende su bordado tul.

Callan las aves, y en el bosque umbrío
Entre las ramas á ocultarse van;
Duermen las flores y murmura el rio;
Auras y fuentes suspirando estan.

En pos dejando misteriosa huella
De tibia luz, que espirará despues,
El cielo cruza silenciosa estrella;
La blanca estrella de los sueños es.

La luz dudosa de su inquieta llama
Presta á las flores celestial calor;
Y dulce en ellas por igual derrama
Castos ensueños de inocente amor.

Si á amar las flores en el mundo enseñan,
¿Qué podrán ellas en sus sueños ver?
El áura dice que las flores sueñan
Misterios, ay, de virginal placer.

Sentir del áura el cariñoso vuelo,
Oir del agua el armonioso son,
Amarse mucho, y contemplar el cielo....
Sueños y vida de las flores son.

Noviembre.—1849.

VERDADERO AMOR.

Un jacinto bellísimo servia
Con delicado esmero
A una rosa gentil de Alejandría.
Por lo hermoso y galan era el primero
De cuantos ostentaba la pradera;
Y la rosa en verdad.... era imposible
Que naciese otra flor mas hechicera.
Su apasionado amor indefinible
Jamás les dió pesares ni desvelos;
Amor, todo ventura,
Y.... ¡cosa original! amor sin celos.

Alelíes, y lirios, y amarantos
Envidiaban la dicha del amante,
Mirando de la rosa los encantos.
Con afan incesante,
Con celosa agonía
Tambien lilas y acacias envidiaban
La dicha de la flor de Alejandría.
Y todos á la vez se conjuraban
Con obstinado empeño,
Por romper el amor que los unia.

La Reina de las flores, sabedora,
Mostrando enojo en la rosada frente,
Dijo con majestad encantadora:
—Porque en mi reino entero
La torpe envidia su castigo vea,
El amor verdadero,
Ardiente, puro, indestructible sea.

23 Abril.—1850.

LA VIRTUD.

En un valle riquísimo
Por sus hermosas flores,
Un clavel dulce y pálido,
Sin galas ni colores,
Su vida melancólica
En triste olvido vió.

Pero al morir.... sus pétalos
Tornáronse olorosos,
Y las flores y el céfiro
Miraron silenciosos
Crecer fecundo el sándalo,
Donde el clavel murió.

22 Abril.—1850.

LA HORTENSIA Y LA MADRESELVA.

LA MADRESELVA.

La dulce frente inclinada,
Sin color y sin esencia....
¡Pobre flor desconsolada!
Tú vives enamorada,
Y sufres males de ausencia.

Lloras tu amante perdido,
Y es inútil tal desvelo.
Tierno corazon herido,
Para encontrar el consuelo,
Necesitas el olvido.

LA HORTENSIA.

Si no llorára á mi amante,
Perdiendo color y esencia,
No fuera mi amor bastante;
Yo lo siento mas constante
Con el rigor de la ausencia.

Tres auroras han nacido
Desde que le lloro ausente.
Yo no sé lo que he sufrido....
La palidez de mi frente
Podrá decir si le olvido.

LA MADRÉSELVA.

Tu padecer es bastante;
Yo calmaré tu dolor.
Espera flor á tu amante;
Que si tú eres tan constante,
Yo tengo lazos de amor.

22 Abril.—1850.

ANGÉLICA.

LA ORACION.

I.

En religioso silencio,
En calma triste y profunda,
Praderas, montes y valles
Ni suspiran, ni murmuran.
Coros de blancas estrellas
Brillan con luz moribunda;
Otras allá en occidente
Se desvanecen confusas.
El alba apenas sonríe,
Velando mal su hermosura
El casto velo que bordan

Lijeras franjas de púrpura.
La brisa vuela impaciente,
Tímida, indecisa y muda
Y ni las hojas agita,
Ni el hondo silencio turba,
Y mas el alma la siente,
Que los oidos la escuchan.

II.

Sobre sus tallos dormidas
Dulces las flores se arrullan,
Y en leves ondulaciones
Con suavidad se columpian.
Despierta una flor, y alzando
Al cielo la frente pura,
En éxtasis inefable
Las lozanas hojas junta;
Y del pudoroso seno
Brotando la esencia oculta,
Manda á la aurora el suspiro
De su amor y su ternura.
Entonces maravillosa
Sobre su frente fulgura
Una gota de rocío
Con que el alba la saluda:
Perla que baña sus hojas,
Y el tierno cáliz fecunda.

III.

La clara luz de la aurora
Prados y valles inunda,
Arroyos, áuras y flores
Puros acentos modulan.
La tierna Angélica muestra
Tan delicada frescura,
Que es por lo hermosa la reina
De aquella pradera inculta.
Las flores todas la miran,
Las mariposas la buscan,
Las áuras en ella sola
Sus blandas alas perfuman,
Y porque sus ondas bese
La fuente á sus piés murmura,
Ofreciéndole en tributo
Sueltos encajes de espuma.
La flor sonrie, se inclina,
Y entre el follaje se oculta.

25 Abril.—1850.

SERENATA.

LA ESPUMA DEL AGUA.

Las ilusiones, niña,
Que el amor fragua,
Son, ay, como la espuma
Que forma el agua.
Nacen y crecen,
Y como espuma vana
Desaparecen.
Viste el arroyo manso
Con gala suma,

Sobre su azul cerriente
Rizada espuma:
Los corazones
Se visten de esperanzas
Y de ilusiones.

Azules son tus ojos,
Niña inocente,
Apacibles y claros
Como la fuente;
Y tu mejilla
De la espuma lo blanco
Vence y humilla

Tu lánguida belleza
Retrata en suma
Lo hermoso de la fuente
Y de la espuma.
Si amor los fragua,
¿Serán tus pensamientos
Espuma y agua?

Al soplo de la brisa
Que se deshace
En las ondas azules
La espuma nace;
Y apenas crece,
De la brisa otro soplo
La desvanece.
A tus suspiros dulces,

Mansos y lentos,
Brotaron amorosos
Mis pensamientos;
¿Mas tú no alcanzas,
Que como espuma mueran
Mis esperanzas?

Si la ilusion querida
Que el amor fragua
Se asemeja á la espuma
Que forma el agua;
La tuya llevo
Lo blanco y lo modesto,
Nunca lo breve.

Se adelanta la aurora
Fresca y serena;
Ay, tú no sabes niña
Cuanta es mi pena;
Porque me abruma,
Si será tu cariño
Agua y espuma.

A LAURA.

Por tí, Laura hermosa, mis flores contaron
Sus tristes pesares, su inquieto dolor;
Por tí sus brillantes colores mostraron;
Por tí, tambien ellas, alegres cantaron
Sus dichas de amor.

Hay flores humildes, altivas y bellas
Con mantos de encaje y hermoso tisú;
Si ciñes, oh Laura, tu frente con ellas,
Parecen coronas de blancas estrellas;
Y el cielo eres tú.

Al ver tu mejilla de castos colores,
Al verte mas pura que pura es la flor,
Te ofrezco, en tributo y en prenda de amores,
Un libro modesto, con vidas de flores
Y ensueños de amor.

Si sientes, oh Laura, penoso desvelo,
Inquietos pesares, tristeza y afan;
Si el alma suspira de amargo recelo....
Sus páginas abre, y en ellas consuelo
Tus ojos verán.

¡Feliz y envidiable la flor, cuya historia
Merezca y consiga tu dulce favor!
¡Dichoso si ocupo tu casta memoria!
Pues son mis ensueños de nombre y de gloria,
Tu nombre y tu amor.

Noviembre.—1849.



EL ESTIO.

SR. D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

Tengo el gusto de dedicar á V. mi segunda coleccion de Poesías.

Esto no satisface las atenciones, los favores ni la amistad que le debo.

Solo pretendo que sea para V. este libro una prenda segura de la estimacion y del afecto que le profesa su

Verdadero amigo,

José Selgas.

Madrid 20 de Abril de 1853.

SERENATA.

POESIA DE D. EDUARDO GONZALEZ PEDROSO. (1)

Quizá, al cojer una rosa,
Que ostenta el pensil ufano,
Punzada sientas tu mano
Por tanta temeridad.
Quizá llores desengaños
Y mires trocado en humo
Lo que creiste bien sumo,
Lo que juzgastes verdad!

En el album de
PEPITA.

Por el azul del cielo
La luna sube,
Como tus pensamientos,
Blanca y sin nube:
Y á sus fulgores
Se levanta la estrella
De los amores.

(1) Desde que oí leer por primera vez esta poesía, concebí la idea de llenar con ella las primeras páginas del Estío. Su autor ha condescendido á mis reiteradas instancias, remitiéndomela con una carta que publico en este lugar, por ser empeño suyo. La carta es la siguiente:

«Mi querido Pepe; no rehusaré para mis seguidillas el

Cual la modesta luna
Claros y lentos
Cruzan el cielo, niña,
Tus pensamientos.
Nunca en tu daño
Se levante la nube
Del desengaño.—

Guarda tus ilusiones,
Niña querida,
Que la ilusion es aire...
Mas dá la vida.

honor de salir á luz en la escelente compañía que les ofreces. Por mucho que la comparacion les perjudique, quiero aprovechar este y cuantos medios se me presenten de fraternizar contigo. Tienes ademas derecho sobre ellas, porque son tambien hijas tuyas. Aspiré á espresar sentimientos puros y tus versos me sirvieron de modelo.»

«Lo único que rechazo son tus benévolas calificaciones. Has visto en mi pobre composicion un gérmen de poesía; el amor á lo que es lícito, y respetable, y bueno; el cariño á mi mujer; y recibiendo este gérmen, tu alma y tu buena voluntad lo han convertido en árbol frondoso. Pero mucho va de lo que yo puedo hacer á lo que tu imaginacion te representa. Soy, es verdad, un laborioso jornalero que escribe al año trescientos artículos de periódico; pero tú eres un poeta; eres el cantor de Laura.»

«Ahí va la serenata, conjunto de pensamientos propios y agenos, bajo una forma cuya propiedad puedes reclamar legítimamente. Colócame en el rincon que mas te plazca, pues, delante ó detrás, no ha de necesitar nadie que yo le cuente el cuento de Cervantes, para comprender que *donde tú te pongas, estará la cabecera.*»

Bien se advierte cuánto gana esta coleccion empezando con una poesía tan tierna y tan delicada.

Advierte, advierte,
Que donde el aire falta
Surge la muerte.
Son como el aire, niña,
Las ilusiones:
¿Quién coloca en el aire
Sus ambiciones?
Pero al perdellas,
¡Ay, el alma no puede
Vivir sin ellas!

Tal vez, *cuando recorras*
Pensil galano,
Desgarradora espina
Punze tu mano:
Mas, ¡ay! no llores;
Que aun es dulce la muerte
Que dan las flores!
Y aunque *la luz radiante*
De tu bien sumo
Desventurada mires
Cambiarse en humo,
En tu delirio
Adoraras la causa
De tu martirio!

Un ruiseñor moria
Por una estrella
Y asordaba las áuras
Con su querella:

Y un lirio en tanto,
Que al ruiseñor amaba,
Murió entre llanto.—
Ruiseñor es el alma,
Dulce cantora;
La estrella es la mentira
Que la enamora;
Y la flor pura,
Que desdeñada muere,
Es la ventura.

Como tus pensamientos
Blanca y sin nube,
Ya por el horizonte
La estrella sube;
¡Nunca en su daño
Se levante la nube
Del desengaño!
Que á tu encendido labio
Que mayo pinta,
Tal vez diciembre robe
Su roja tinta.
Si se le veda
Su angelical sonrisa...
¡Ay! ¿Qué le queda?

No me preguntes, niña,
Por qué te quiero:
Sabe que por tus ojos,
Amante muero;

En cuya lumbre
Ha puesto la inocencia
Su mansedumbre.
Por la casta pureza
Que hay en tu frente,
La acaricia tu madre
¡Tan blandamente!...
Niña morena,
Yo tambien te idolatro,
Porque eres buena.

Tiende por ese ambiente
De poesía
Tu generoso vuelo,
Paloma mia.
¿Qué te detiene?
El amor á tu puerta
Llamando viene.
El amor es la hiedra
Que al olmo enlaza;
Tal vez al tronco oprime
Cuando le abraza:
Mas dale tierno
Su regalado abrazo
Verdor eterno!

Pura como el aliento
De los jazmines
Te apellidan su hermana
Los serafines;

Y en yugo blando
Mil y mil corazones
Vas cautivando.
Mil corazones rindes
A tus prisiones:
¡Ay, quien te diera, niña,
Mil corazones!
¿Los apeteces?
Toma el mio, señora,
Mil y mil veces!

INTRODUCCION.

¿Dónde están los perfumes y las flores,
Que ante mis ojos desplegar solia
La risueña estacion de los amores?

¿Dónde el brillante sol, el claro dia,
La blanda noche y la modesta luna;
Y dónde están mi amor y mi alegria?

¿Quién enciende esta sed que me importuna?
¿Por qué al buscar mis ilusiones bellas,
¡Desengaño cruel! no hallo ninguna?

Puras como la luz de las estrellas
Eran y las perdí, y en vano ahora
Sé que no puedo yo vivir sin ellas.

¡Qué anhela el hombre si su bien ignora,
Si solo puede comprenderlo, cuando
Con inútiles lágrimas lo llora!

Gime el laurel en movimiento blando
Y del viento á la ráfaga ligera
Abandona sus hojas suspirando.

Pierde su gala y su verdor, y espera
Que nueva pompa, y majestad, y vida
Le volverá otra vez la primavera.

Pero del alma la ilusion perdida,
Gérmen oculto de la dicha humana,
Ni nunca vuelve, ni jamás se olvida.

Y en vano inquieto el corazon se afana,
Y espera en vano que risueños dones
Le traiga el sol que alumbrará mañana.

No vuelven ya las dulces ilusiones:
Se deshizo la alegre fantasía
Al soplo abrasador de las pasiones.

Inútilmente el corazon porfia,
Pues llora el fruto que á coger alcanza
Al espirar la luz del nuevo dia.

Así la vida caminando avanza;
Cada placer nos cuesta un desengaño
Y cada desengaño una esperanza.

Y á nuestro bien y á nuestro mal estraño
El tiempo en tanto, en su profundo seno
Sepulta sin cesar año tras año;

Y el dulce cáliz de placeres lleno
El hombre ansioso con afan apura
Y el alma llena de mortal veneno;

Y ansioso corre, porque asir procura
La sombra de un placer que va delante
Mas lejos cada vez y mas oscura.

¡Felicidad humana! semejante
A esa niebla que el sol tibio ilumina
Y que disipa el viento en un instante;

Imágen delicada y peregrina,
Que á nuestros ojos se levanta y crece,
Si el alma en su inquietud se la imagina.

Y amor que de placer nos estremece,
Que entre sus labios húmedos, risueña
La flor de la esperanza nos ofrece,

Solo en ver nuestras lágrimas se empeña,
Y solo en nuestro espíritu derrama
Dulce felicidad, cuando se sueña.

Felicidad, felicidad se llama
Cuanto en la amarga vida satisface
La ambicion ó el placer que nos inflama.

La dicha muere cuando apenas nace;
Es ráfaga de luz tan pasajera,
Que en el punto que brilla se deshace.

Es deseo no mas, sombra ó quimera;
Y en la sed de vivir que nos devora
Solo es felicidad la que se espera.

Antes que llegue el corazon la llora,
Y es esencia á la vez tan esquisita,
Que llega, se respira y se evapora.

Así nuestra ansiedad nos precipita:
Si el mundo es un edem lleno de flores,
Cada flor que se toca se marchita.

Huyó la primavera, y sus colores
El valle pierde, y su verdor el llano
A los rayos del sol abrasadores;

Y las sedientas brisas del verano,
Buscando el agua de la fuente umbría,
Con desmayado afan vuelan en vano.

Con desmayado afan mi fantasía
Busca tambien sus ilusiones bellas,
Manantial de mi amor y mi alegría.

Ni el rastro azul de sus tranquilas huellas
El alma ve, que para siempre huyeron.
¡Cuan triste debe ser morir sin ellas!

Como sombra fugaz se deshicieron,
Siempre serán del corazon lloradas:
¡Tan dulces eran y tan breves fueron!

Prendas hermosas por mi bien halladas,
Fuentes de amor y celestial tesoro,
Para mi mal tan pronto disipadas;

Estas escasas lágrimas que lloro
Son en fé de mi eterna despedida:
Huyó mi ensueño de jazmin y oro;
Murió la primavera de mi vida.

EL ESTIO.

Mayo recoge el virginal tesoro;
Desciñe Flora su gentil guirnalda;
La sombra busca el manantial sonoro
Del alto monte en la risueña falda;
Campos son ya de púrpura y de oro
Los que fueron de rosa y esmeralda;
Y apenas riza su corriente el rio
A los primeros soplos del estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,
El valle alegre y la feráz ribera
Con voz desalentada y cariñosa
Despiden á la dulce primavera;
Muere en su tallo la inocente rosa;
Desfallece la altiva enredadera;
Y en desigual y ténue movimiento
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma
La blanca aurora su rosada frente,
Reparte perlas y recoge aroma;
Se abre la flor que su mirada siente;
Repite sus arrullos la paloma
Bajo las ramas del laurel naciente;
Y allá por los tendidos olivares
Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando
La rubia mies en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando
La alondra gira y de placer gorjea;
Las ondas de la fuente suspirando
Quiebran el rayo de la luz febea,
Y en delicados mágicos colores
El fruto asoma al espirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca
La niebla tiende su bordado encaje;
Desde el peñon de la desierta roca
Lánzase audáz el águila salvaje;
El seco vientecillo que sofoca
Cubre de polvo el pálido follaje;
Y por el monte y por la vega umbría
Crece el calor y se derrama el dia.

Y en el árido ambiente se dilata
La esencia de la flor de los tomillos,
Y lento el rio su raudal desata

Entre mimbres y juncos amarillos;
Y si al cubrir sus círculos de plata
Con sus plumeros blandos y sencillos
La caña dócil la corriente roza,
Trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla
Manso cordero del calor sosiega;
Se oyen los cantos de la alegre trilla;
Suenan los ecos de la tarda siega;
Ardiente el sol en el espacio brilla;
El cielo azul su majestad despliega;
Y duermen á la sombra los pastores,
Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra á la rústica majada
La noble encina que á la edad resiste;
En su copa de fruto coronada
La vid de verde majestad se viste;
A su pié la doncella enamorada
Canta de amor, pero su canto es triste,
Que en el profundo afan que la devora,
Amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oido
Mas que el tierno arrullar de la paloma,
Por el monte y el valle repetido
Tristes, confusas vibraciones toma;
Y en las ondas del aire suspendido
Se escapa al fin por la quebrada loma,

Y sin que el aura devolverlo pueda
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;
No circula ni un átomo de viento;
Cortadas por el sol lentas y graves
Caen las hojas del árbol macilento;
Ténue vapor en ráfagas suaves
Se levanta con fácil movimiento;
Y mezclando en la luz su sombra estraña,
Vá formando la nube en la montaña.

Hinchada al fin soberbia se desprende
Del horizonte azul la nube densa,
Y el fuego del relámpago la enciende,
Y gira por la atmósfera suspensa;
Y ya sus flancos inflamados tiende,
Ya el vapor de su seno se condensa,
Y soltando el granizo en lluvia escasa
La rompe el trueno y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en occidente
De su encendido manto se despoja,
Y en los blancos celajes del oriente
Se pierde el rayo de su lumbre roja.
Brilla la gota de agua transparente
Detenida en el polvo de la hója,
Y tendiendo el crepúsculo su planta
Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado
Que en la fiebre de amor templa el desvelo.
Vertiendo en nuestro espíritu agitado
La misteriosa esencia del consuelo;
Así por el ambiente reposado
De estrellas y vapor bordando el cielo,
Breves y llenas de feráz rocío
Cruzan las noches del ardiente estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,
Y en tibio resplandor la sombra vaga;
La luz de las estrellas se estremece
Y en el limpio raudal brilla y se apaga;
Naturaleza entera se adormece
En el ondo placer que la embriaga,
Y lleva el áura en vacilantes giros
Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Mas puro que la tímida esperanza
Que sueña el alma en el amor primero,
Su rayo débil desde oriente lanza,
Sol de la noche, virginal lucero;
Triste y sereno por el cielo avanza
De la cándida luna mensajero;
Por ella viene y suspirando ella
Síguele en pos enamorada y bella.

Cuantos guardais la tímida inocencia
Que á la esperanza y al amor convidá;
Los que en el alma la impalpable esencia

De su primer amor llorais perdida;
Cuantos con dolorosa indiferencia
Vais apurando el cáliz de la vida;
Todos llegad y bajo el bosque umbrío
Sentid las noches del ardiente estío.

Las del tirano amor desengañadas,
Pálidas y dulcísimas doncellas,
Vosotras que llorais desconsoladas
Solo el delito de nacer tan bellas;
Mirad entre las nubes sosegadas
Cómo cruzan el cielo las estrellas;
Que no hay duda, ni afan, ni desconsuelo,
Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna á mi voz, blanca hermosura,
Fuente de virginal melancolía,
Mas hermosa á mis ojos y mas pura
Que el rayo azul con que despunta el dia;
Corazon abrasado de ternura,
Espíritu de amor y de armonía,
Ven y derrama en el tranquilo viento
El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enagena
Aumenta la inquietud de mi deseo;
Tu voz perdida en el ambiente suena;
Donde mis ojos van tu sombra veo;
De amor y afán mi corazon se llena,
Porque en tu amor y en mi esperanza creo;

Y así suspende el sentimiento mio
La tibia noche del ardiente estío.

Noche serena y misteriosa, en donde
Dormido vaga el pensamiento humano,
Todo á los ecos de tu voz responde
La mar, el monte, la espesura, el llano;
Acaso Dios entre tu sombra esconde
La impenetrable luz de algun arcano;
Tal vez cubierta de tu inmenso velo
Se confunde la tierra con el cielo.



LAURA.

(Continuacion del amor del poeta.)

Me abraso de calor.... ven Laura mia,
El viento apenas gime
Y el sol señala la mitad del dia.
Reposemos aquí; naturaleza
Bajo esta melancólica espesura
Nos convida al placer y á la tristeza:
Alza los ojos bellos,
Vierte en mi corazon su lumbre pura,
Quiero, pues son mi amor, mirarme en ellos.

Mas no apagues la sed que me devora,
Es el secreto que en mi alma enciende
La fé con que te adora;
Secreto que suspende
Todo mi ser, lo abisma y lo enagena

En una vaguedad que no comprende.
No rompas el encanto misterioso
Que en torno nuestro desplegarse veo,
Es el amor que nuestras almas llena
De sombra y de reposo,
De ilusion de esperanza y de deseo.

Amor á cuyo imperio
Rinde su voluntad ¡el alma ciega,
Amor todo misterio,
Planta toda perfume,
Dulce calor que si á inflamarse llega
En la llama que enciende se consume.
Y este amor que respiro,
Que vida y ser del corazon recibe,
Que vuela en un suspiro,
Que en mí se oculta y en tus ojos vive;
Es aurora del cielo desprendida,
Es aliento de Dios puro y suave,
Es mi ser, es mi espíritu, es mi vida;
Y yo no quiero que mi amor se acabe.

Yo lo sentí brotar como se siente
La luz del sol, á cuyo influjo arde
La bóveda del cielo transparente,
Y el universo brilla y se colora;
Lo adiviné en las sombras de la tarde,
Lo comprendí en los rayos de la aurora;
Y en el céfiro blando
Sentí el suspiro de tus labios rojos,

La luna resbalando
Por el espejo azul del claro rio
Mintió la luz de tus brillantes ojos.
Y en el caliz umbrío
De la limpia azucena
Tus lágrimas bebí y eran rocío;
Ví tu frente serena
Cubierta de inmortal melancolía,
Vaga como la sombra
Que en apacible calma
La noche tiende al espirar el dia;
Y dentro de mi alma
Brilló tu pensamiento;
Y resonó en mi oido
Tu cariñoso acento,
Mas dulce que el gemido
Que forma el agua que acaricia el viento.

Así te ví y así te amé; si ciego
Nunca el encanto de tus ojos viera,
Este profundo fuego,
Que tú alimentas y en mi seno abrigo
Lo mismo que lo siento lo sintiera;
Dios sabe que este amor nació conmigo.

Mas si en tu seno virginal dormido,
Seno que amor formó de rosa y nieve,
En beso apetecido
Probara del placer la dicha breve,
Se apagara la sed en que me abraso;

Y entonces Laura mia....
¡Cruel humanidad! acaso, acaso
Mi ingrato corazon te olvidaría.
Por eso en dócil inquietud te adoro,
Por eso el ambar de tus labios bebo,
Por eso con mis ojos te devoro,
Te quisiera besar y no me atrevo.

Duerme en mi corazon, en él reposa,
Virgen es en su amor y nadie ha sido
Mas querida que tú ni mas hermosa.
La noche del olvido
No borrará jamás tan dulce instante.
¡El pudor ha encendido
La casta palidez de tu semblante!...
Ven si en mi amor confias
Tú que la negra ingratitud ignoras;
Yo cantaré tus tiernas alegrías,
Yo enjugaré tus lágrimas si lloras.
Y el cielo alegre en tanto
Que nuestro bien desea,
Sereno tienda su lujoso manto,
Que tu cariño tierno
Afable mire y satisfecho vea,
Y que mi amor eterno
Y digno, Laura, de tu nombre sea.

EL ALBA.

MELODÍA.

—Hoy triste el alba llegó
En ricas nubes velada.
—Si vivirá enamorada
Tambien como vivo yo!

—Y celosa, Laura.
—Sí!
Siendo Reina...!
—Y siendo hermosa.
—¿Y de quién está celosa?
—Está celosa de tí.

LAS AURAS.

Esas que bulliciosas,
Al asomar el alba,
Fingiendo mil suspiros
Te besan y te llaman;

Y ya tus rizos mecen,
Ya por tu faz resbalan,
Ya vuelven cariñosas,
Ya fugitivas pasan;

Y en inquietud constante
Cerca de tí derraman
Dulcísimos sonidos
Y aromas delicadas,

Son de la blanda noche
Las invisibles auras.

—

De sus halagos tiernos
Tu dulce sueño guarda,
Que si despiertas, huyen,
Y se disipan vanas.

Así las ilusiones
Lo mismo que las auras,
Fingiendo mil delicias
El corazon embargan;

Y si despierta en ellas
Quiere gozar el alma,
Se pierden fugitivas,
Desaparecen raudas.

—

Tus ojos siempre tristes,
Tu frente sosegada,
Tu virginal sonrisa
Y tus mejillas pálidas,

De cándidos ensueños,
Y de ilusiones hablan.

Castos amores sueñas;
Tú vives de esperanzas.
Dichosa tú mil veces
Si nunca despertaras.

¡Ay! son las ilusiones
Lo mismo que las auras.

EL LLANTO.

—¿Quién consuela á la tórtola,
Que triste, enamorada,
En los frondosos álamos,
Con voz desconsolada
Llora, de angustia trémula,
Su ya perdido amor?
¿No derraman benéficas
Las auras del estío
Sobre las flores pálidas
Consolador rocío?
¿Por qué no halla la tórtola
Consuelo á su dolor?

—

—Díme, inocente Lálage,
Que á tantos enamoras;
Cuando en tu pecho cándido
Sientes la pena, y lloras,
Tu llanto melancólico
¿No templa tu afliccion?
Calma á la flor el céfiro,
Al ruiseñor su canto,
Su gemir á la tórtola,
Nuestras penas el llanto.
¡Qué sería sin lágrimas
Del triste corazon!

LAS DOS AMAPOLAS.

Nacieron juntas y vivieron solas
De un valle ameno en la apartada orilla
Dos tiernas amapolas.
Y refiere la crónica sencilla,
Que estas flores lozanas
Se amaron inocentes
Con el tranquilo amor de dos hermanas.
Dióles benigno el cielo
De belleza gentil rico tesoro;
De reluciente púrpura las hojas,
Negro boton y pétalos de oro,
Virginal inocencia,
De pudoroso afan tiernas congojas,
Ligeros tallos y amorosa esencia.

Las brisas del estio
Al despuntar el alba,

Coronaban sus frentes de rocío.
Solicíta la malva
Era á sus pies inimitable alfombra;
Y con amante empeño,
Al disipar la sombra
De la niebla importuna,
Velaba inquieta su apacible sueño
La blanca luz de la naciente luna.

La crónica un momento
Deteniéndose en sérias reflexiones,
Esplica el sentimiento
Con que estrecha el amor dos corazones;
Y luego haciendo punto,
Porque al lector discreto no fatigue
Lo grave del asunto,
Así la fácil narracion prosigue.

Una mañana el cefirillo blando
Sediento del amor de la hermosura,
Se detuvo mirando
Aquel tesoro de inocencia pura;
Y dócil resbalando
Con afan indeciso
Entre sus hojas bellas,
Enamorarlas quiso,
Como él estaba enamorado de ellas.

Y sucedió, que al amoroso aliento
Con que el céfiro vago las mecía

Se inclinaron con débil movimiento
Por placer, por pudor, por cortesía;
Y él impaciente en tanto,
Viendo en sus ricas galas
Del virginal amor el dulce encanto,
Las ciñe con sus alas;
Y al deshacerse en inconstante giro,
Estampa en cada flor ardiente beso,
Les arranca un suspiro
Y huye veloz por el ramaje espeso.

Y cuando triste y de misterios llena,
De su pompa fugaz haciendo alarde,
Apacible y serena
Su manto de vapor tendió la tarde;
Abrazadas y solas,
Compartiendo su pena
Las dos enamoradas amapolas,
Esperaban que ansioso volvería
El céfiro lozano
En los suspiros últimos del dia....
Y esperaban en vano;
Porque el céfiro ingrato no volvia.

Y en su amante impaciencia,
Por si á sentirla el cefirillo alcanza,
Llenaron el ambiente con su esencia,
En el postrero afan de su esperanza.
Y como es el amor dulce alimento
Del alma tierna para amar nacida,

Y la esperanza aliento
Que si llega á faltar, falta la vida;
Al derramar el alba sus fulgores,
De oriente abriendo las rosadas puertas,
Vió con hondo pesar entrambas flores
Coronadas de lágrimas.... y muertas.

No dice mas la crónica, mas cabe
Aquí la presuncion—aúnque salvando
Que con seguridad nada se sabe
Y solo se presume—
Que en ansia triste el cefirillo blando
Desde entonces se agita y se consume;
Y que por eso vaga
En perpétua inquietud, y ansioso llena
De lágrimas la flor á quien halaga;
Que por templar su pena
Contínuamente gira,
Y mas crece el pesar que lo devora;
Que por eso en las márgenes suspira,
En las tendidas ramas se estremece,
Y en las espumas de la fuente llora;
Que su dolor mas crece
En el monte, en la vega,
En la flor que en su seno lo recibe;
Y que á tal punto su tormento llega,
Que eternamente sollozando vive.

MELANCOLIA.

Suspiro de los àngeles,
Alma del alma mia,
Incomprensible espíritu,
Dulce melancolía,
Amiga del dolor;

Sobre tus alas trémulas
Lleva mi pensamiento:
Dame á beber tus lágrimas...
Se templará un momento
La fiebre de mi amor.

NIÑAS Y FLORES.

Es la flor dulce caliz
Lleno de esencia;
La niña un alma pura
Toda inocencia;
Y ambas lozanas,
Una flor y una niña
Son dos hermanas.

—

La flor guarda en su seno
Líquida perla,
Por si la niña alegre
Quiere beberla.

Blancas y rojas
Solo para la niña
Tiende sus hojas.

—

Con cuantas auras cruzan
La flor se orea;
Y cuanto ve la niña
Tanto desea;
Que en sus amores,
Son las niñas lo mismo
Que son las flores.

—

Por si á la flor la niña
Besando toca,
Ambar lleva en sus labios
Miel en su boca;
Que son lozanas,
Las niñas y las flores
Dulces hermanas.

—

Las flores y las niñas
Nunca se ofenden;
Se acarician, se besan,
Se hablan, se entienden;

Que en sus dolores,
Cuando las niñas lloran,
Gimen las flores.

Cuando abril se corona
De rosas bellas:
Cojen las niñas flores
Juegan con ellas;
Pero jugando,
Las flores mas hermosas
Van deshojando...

Y hoy que las brisas huyen
Del valle umbrío,
Y el monte y la ribera
Seca el estío;
Las deshojadas...
Flores lloran las niñas
Desconsoladas.

¡Ay! cada niña llora
Su flor perdida:
Con su llanto quisieran
Darles la vida.
¡Lágrimas vanas!...
Mas dejadlas que lloren,
Fueron hermanas.

MELODIA.

LA PALOMA.

De calor y tristeza fatigado
Pasaba yo la siesta
Sobre la verde márgen reclinado,
A la sombra modesta
Que dan las palmas que sustenta el prado.

Contemplaba los cielos,
Buscando allí la suspirada calma;
Mezclaba yo tu nombre á mis desvelos...
¡Tu nombre!... y con el alma
Iban la duda y los amargos celos.

Y ví que resbalando
Por la vecina loma,
Se vino á mí acercando
Blanquísima paloma
Al suave impulso de su vuelo blando.

Pero importuno el viento,
La palma sosegada
Meció con repentino movimiento;
Y huyó el ave asustada,
Y en vano la siguió mi pensamiento.

¡Acaso me traia
El bien que el alma espera?
Ay, dime, Laura mia,
Si fué tu mensagera?
Dime si en nombre de tu amor venia.

AMOR FILIAL.

MARIA.

I.

Sueltos los rizos suaves,
Pudorosa la megilla,
Negros los rasgados ojos
Y virginal la sonrisa,
Como la sombra de un ángel
Es pura y blanca Maria.
Quince primaveras cuenta,
Y una en que llora perdidas
Sus risueñas esperanzas,
Las maternales caricias.
¡Ay! primavera de llanto,
De sollozos... ¡Pobre niña!

II.

Pálida está la doncella,
Pálida triste y tranquila.
Llora si dulces miradas
En ella inquietas se fijan,
Y corren lágrimas mudas
De cuantos ojos la miran.
La buscan por consolarla
Y huye porque no la aflijan.
Consuelo y amor le ofrecen
Y amor y consuelo esquiva.
Como en el valle y la fuente
Pasa las horas del dia,
No cuida ya de sus flores
Que olvidadas se marchitan;
Y en vez de rosas, la frente
Se ciñe de siemprevivas.
¡Tan gentil, y tan hermosa,
Y tan triste!... ¡Pobre niña!

III.

Hay un arroyo en el valle
Que ansioso se precipita,
Llevando en triunfo sus ondas
Dulces, sonoras y limpias;
Y en un remanso apacible,
Porque el correr le fatiga,

Al pie del valle detiene
Su corriente cristalina;
Y en el espejo que forma,
Donde el cielo azul se pinta,
Cuantas flores le rodean
Por agradarle se miran:
Y allá en el fondo suspensas
Fantásticamente giran
Las nieblas que se levantan
De las montañas vecinas,
Las mariposas inquietas
Y las aves fugitivas.
Y al soplo leve del viento,
Temblando el agua indecisa,
Finge las sombras que pasan
Y finge luces que brillan;
Y sombras y luces juntas
Confunde á un tiempo y disipa,
Y vuelve á brillar de nuevo
Y se apaga y se ilumina.

IV.

En la márgen reclinada,
Flor de su tallo caida,
Fijos en el agua tiene
Los tristes ojos María.
Y el agua por distraerla,
Por si sus penas alivia,
Rompe el cristal bullicioso

En mil fantásticos prismas.
Y en cada pliegue que forma,
Y en cada ligera línia,
Luces, sombras y colores
Confundiendo multiplica.
Mas ¡ay! solícita el agua
Vanamente se fatiga,
Que la niña la contempla
Cada vez mas pensativa.
Y ansiosos sus ojos buscan
Allá en el fondo perdida
Una imágen, una sombra,
Una luz tan indecisa,
Que sobre el azul del cielo
Que temblando el agua pinta,
Al resbalar por las nubes
En las nubes se disipa.
Imágen que entre las ondas
Busca con afan la niña,
Luz que deslumbra sus ojos,
Sombra que ofusca su vista.
Imágen y luz y sombra
Que en agitacion contínua,
Como relámpagos pasan
Por las ondas cristalinas.
Y cada vez mas ansiosas
Mueven el agua las brisas,
Y la niña la contempla
Cada vez mas pensativa:
Porque en el agua impaciente

Busca un rayo de alegria,
Una sombra de esperanza,
Una imágen... ¡Pobre niña!

V.

Ya lejano el sol se esconde
Tras de las rocas vecinas;
Ráfagas cruzan el cielo
Rojas, blancas y amarillas.
Recoge el viento sus alas,
Flores y ramas se inclinan;
Y en las ramas y en las flores
Gimen las auras dormidas.
Y en la márgen reclinada,
Con ansiedad infinita,
Fijos en el agua tiene
Los castos ojos Maria.
Y el agua azul trasparente
Bañando el cauce tranquila,
Resbala como un espejo,
Sin un pliegue ni una línea.
Y en el fondo de las aguas
Clara, serena y distinta,
Allá en el cielo, entre nubes
Mira su imágen la niña.
Y doblando el dócil talle,
Y esclamando—«Madre mia»—
Une sus labios de rosa
Con los de su imágen misma.

Por eso junto á la fuente
Pasa las horas del dia.
Busca á su madre y la encuentra:
¡Gentil y dichosa niña!

EL RUISEÑOR.

Oculto entre las hojas,
Trémulo de amor,
Sus tiernas congojas
Canta el ruiseñor.

—

Y sé, mas no sé cuándo,
Ni dónde aprendí,
Que el ruiseñor cantando,
Dice en su idioma así.

—¡Pobre ruiseñor,
Que muere de amor!

—

Ya rompe la aurora la niebla ligera.
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera:
Dulce compañera,
¡Qué hermosa eres tú!

—

Yo cruzo los espacios;
Las copas de los árboles me sirven de palacios;
Mi madre es la armonía,
Mi padre es el amor:
Yo soy, vida mia,
Pájaro y flor.

—

Envidian las aves
Mis trinos suaves:
No saben cantar.
Envidian las flores
Mis tiernos amores:
No saben amar.

—

¡Qué ave en el mundo
De amores herida

Mi canto imitó!
Ay, de amor profundo,
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

—

Tus alas suaves
Tiende sobre mí.
Envídiennos las flores y las aves.
Yo canto para tí.

—

¡Pobre ruiseñor,
Que muere de amor.

—

La palma y el sauce se mecen en calma.
Las ondas se tiñen de nacar y azul.
¡Qué hermoso es el rio y el sauce y la palma:
Alma de mi alma,
Qué hermosa eres tú!

—

Yo cuando canto vivo;
Es un raudal de música mi corazon altivo;
La luz es mi alegría,

Mi espíritu el calor;
Que soy, vida mia,
Pájaro y flor.

—

Tenemos un nido
De plumas tejido,
Que oculta en sus ramas gracioso laurel.
Tú velas en tanto,
Que al son de mi canto
Piando se duermen mis hijos en él.

—

No saben
En dónde
Se esconde
Este tesoro que el amor nos dió.
Ay, es un secreto
Que oculto en los ramos
Guardamos
Tú y yo.

—

¡Qué alegres, qué bellos
Reposan allí!
Vela tú, mi vida, vela tú por ellos;
Yo velo por tí.

¡Pobre ruiseñor
que muere de amor!

—

Ya ocultan las flores sus cálices rojos,
Inundan los cielos torrentes de luz;
Busquemos la sombra, si el sol te da enojos.
La luz de mis ojos,
Mi vida, es eres tú.

—

Leve y parda es mi pluma;
Mi voz es la del céfiro, que gime entre la espuma;
Es mi contento el dia,
La noche es mi dolor;
Que soy, alma mia,
Pájaro y flor.

—

Altiva es el águila,
Tierna la paloma,
Gallarda y ligera
La garza real;
Mas tú eres mi espíritu:
Para mí en el mundo,
Gentil compañera,
No tienes igual.

Cuán rico tesoro
Me ofreces, bien mio,
Temblando de placer;
Cuando bebo en tu pico de oro
La gota de rocio,
Que templa mi sed.

—

Mis hijos ufanos
Se miran en tí;
A amarte tus hijos
Aprenden de mí.

—

¡Pobre ruiseñor
Que muere de amor!

—

Ay, ya se levanta del valle sombrío
La tarde vestida de blanco y azul.
¡Qué triste está el cielo y el monte y el rio!
Dulce dueño mio,
¡Qué triste estás tú!

—

Las auras sosegadas
Llevan en blandos círculos mis notas apagadas;

Mi última armonía
El último suspiro de mi amor:
Yo muero con el dia,
Que soy, vida mia,
Pájaro y flor.

—

Ven al ramaje espeso
Que guarda nuestro nido;
Quiero morir en él.
Dame el último beso;
Que recojan mi último gemido
Las hojas del laurel.

—

¿Qué ave en el mundo
De amores herida
Mi canto imitó?
Ay, de amor profundo
Solo aquí, mi vida,
Sabemos tú y yo.

—

Hará tu llanto
Que mis hijos bellos
Se acuerden de mí:
Enséñales los tonos de mi canto;

**Tú, vive por ellos:
Yo muero por tí.**

—

**¡Pobre ruiseñor,
Que muere de amor!**

———

LOS LIRIOS AZULES.

Si amor, que tantas veces
Pena y placer confunde,
Derramara en mi pecho
Sus tiernas inquietudes;
Sea aquella á quien mi alma
Su adoracion tribute,
Mas blanca que la nieve,
Con que el invierno cubre
Las solitarias crestas
De las lejanas cumbres;
Mas dócil que la palma,

Mas pura que el perfume,
Que al despertar la aurora
Por el ambiente sube;
Y el color de sus ojos,
Cariñosos y dulces,
Del color de las hojas
De los lirios azules.

—

Nunca, vírgen modesta,
Mas tu hermosura luce,
Que cuando la alba frente
Graciosamente encubres
Con las hojas suaves
De los lirios azules.

—

Tú, virginal doncella,
Que con mirar seduces,
Y de hermosos cabellos
Orgullosa presumes;
Si quieres que tus rizos
Por lo negros deslumbren,
Por lo brillantes cieguen,
Venzan por el perfume;
Deja que sueltos caigan
Y que tu seno innunden;
Y á tu capricho esmalta

Los abundantes bucles
Con las hojas mas frescas
De los lirios azules.

—

Jamás, cándida niña,
En cuya boca dulce
La gracia y la inocencia
Riendo se confunden,
El ámbar de tus labios
Mas puro se difunde,
Que cuando en dócil beso
Tu fresca boca unes
A las hojas brillantes
De los lirios azules.

—

Tú, tierna desposada,
Que en tu inquietud descubres,
Que de los castos sueños
El término se cumple,
Y que un bien se realiza
Y una esperanza huye;
Si anhelas, porque es germen
De amor y de virtudes
Conservar la pureza
Cuando el placer apures;
Bebe el blando rocio,

Con que la tarde cubre
Las entreabiertas hojas
De los lirios azules.

—

No sé qué misterioso
Secreto encanto infunde
El color de las hojas
De los lirios azules.

—

Mas ¡ay! azul es siempre
La pudorosa nube
Donde la aurora oculta
Sus misteriosas luces;
Azul es la primera
Lágrima que discurre
Por la suave megilla
De la vírgen que sufre
De su primer deseo
Primeras inquietudes;
De azul visten los montes
Sus empinadas cumbres,
Por donde nace el dia,
Por donde el sol se hunde;
Azules son las alas
Del tímido querube,
Que enciende en las estrellas

Su vaporosa lumbre:
En azules caprichos
Inquieto se consume
El humo del incienso
Que por el aire sube.
Azul es la alegría
Que la inocencia infunde,
Y es azul la esperanza:
Los cielos son azules.

—

No sé qué puro encanto
Al corazon descubre
El color de las hojas
De los lirios azules.

EL ALAMO BLANCO.

Mientras el aura del ardiente estio
Derramaba con vuelo fatigado,
Sobre la mústia magestad del prado
De la alma aurora el virginal rocio;

Besando el agua del raudal umbrio
A la sombra de un álamo apartado,
Oyó que así en murmullo sosegado
Decian el árbol y el sonoro rio:

—Si el céfiro de abril huyó ligero,
Qué espíritu divino te alimenta
Y hace perpétuo tu verdor primero!

—Yo presto sombra cuando el sol calienta,
Rasgo del aire el torbellino fiero
Y el bien que hago mi verdor sustenta.

LA GOLONDRINA.

Luz, la graciosa aldeana
Que al nacer la primavera,
Vió subir á su ventana
La brillante enredadera
Que fué su encanto y su amor.

Hoy que al soplo del verano
La planta gentil espira
Perdido su adorno vano,

Luz la contempla y la mira
Sin asombro y sin dolor.

—

Y abre su casta ventana
La doncella encantadora,
Cuando la niebla lejana
Tímidamente colora
La luz del amanecer.

Y tendiendo el vuelo leve
Desde la acacia vecina,
Sobre sus hombros de nieve
Se posa una golondrina
Con afanoso placer.

—

Ave azul, blanca y ligera
Que vuela en pos del estío;
Ave que va pasagera,
Como el pensamiento mio,
Buscando luz y calor.

Ave que rizado y bello,

Para inspirar confianza,
Lleva prendido en el cuello
Un lazo verde esperanza,
Prenda segura de amor.

—

Ave de incansable aliento,
Que atrás en su vuelo estraño
Se deja el rápido viento;
Ave impaciente que al año
Cruza dos veces la mar.

Ave que dice sus quejas
En breves notas al rio;
Ave que bajo las tejas
Del antiguo caserio
Vuelve su nido á colgar.

—

Ave llena de misterio,
Que al morir la tarde canta
En la cruz del Monasterio
Que atrevido se levanta
Sobre el rasgado peñon.

Ave de afanosa vida,
Ave azul y voladora,
Ave en el mundo perdida,
Ave en fin que Luz adora
Con todo su corazon.

Y es bello ver cómo tiende
Del ala la corva pluma,
Y haciendo un lazo se prende
Sobre aquel seno de espuma,
Donde tranquila se está.

Y es tierno el ver la delicia
Con que la hermosa doncella
Con sus manos la acaricia;
Cómo mirándose en ella
Tímidos besos le da.

—

Tierno corazon de ave,
En donde el amor se anida;
Golondrina que no sabe

Que aquí en el mundo se olvida
Un amor por otro amor.

Y de su cariño ufana
No ve el ave pasagera,
Que la inconstante aldeana
Olvidó á la enredadera
Para ganar su favor.

—

Y Luz, rayo de la aurora
En su amante sentimiento,
Olvida tal vez ó ignora,
Que las aves son del viento
Y que tras el viento van.

No ve que la golondrina
Que hoy cautiva su albedrio,
Es un ave peregrina,
Que apenas pase el estio
Tras él sus alas irán.

—

Pero acude á su ventana

La doncella encantadora,
Cada vez que la lejana
Tímida niebla colora
La luz del amanecer.

Y dejando el frágil lecho,
Desde la acacia vecina
Viene á posarse en su pecho
La impaciente golondrina
Con afanoso placer.

—

Y buscando inquieta en donde
Apagar su sed ansiosa,
El pico entreabierto esconde
Entre los labios de rosa
De la doncella gentil.

Y por templar el esceso
De su inquietud, Luz temblando,
Le deja beber un beso,
Húmedo, apacible y blando
Como las auras de abril.

———

Golondrina, cuando el cielo
Siegue la flor del verano,
Y lleves tu raudo vuelo
Hácia otro clima lejano
Buscando luz y calor;

Dale otro amor á tu vida:
No vuelvas, desventurada,
Que es hermosa Luz y olvida;
Y tú, ave enamorada,
Eres su segundo amor.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

Niña, que en dulce placer
Duermes tus sueños de amores,
Despierta si quieres ver
Cómo despiertan las flores.
Deja el sueño.
¿Por qué en dormir, alma mia,
Tanto empeño?

Mira que ya viene el dia,
Y que yo tras él me voy
Envuelta en nubes de grana.
Despierta, niña; yo soy
La estrella de la mañana.

—

¿Tú no sabes, niña hermosa,
Que cuando el alba despierta,
Se viste de oro y de rosa
Para llamar á tu puerta?
Y que en tanto
Que del crepúsculo umbrio
Rasga el manto,
Tibias gotas de rocio
Para tí vertiendo voy
Sobre la márgen lozana?
Despierta, niña, que soy
La estrella de la mañana.

—

De pura mi luz presume,
Me trae la aurora en su frente;
Vengo llena de perfume
De las regiones de Oriente.
Traigo flores,
Ambar, perlas y ambrosia,
Luz, colores,

Para que se adorne el dia.
Por donde quiera que voy
Disipo la niebla vana.
Despierta, niña; yo soy
La estrella de la mañana.

—

Aqui te aguardo en el cielo
Con amorosa impaciencia,
Para regalarte un velo
Del color de la inocencia.
Niña, advierte
Que el sueño que en tí se anida
Es la muerte,
Y yo te traigo la vida.
¿Por qué asi te duermes hoy?
¿Qué triste ensueño te afana?
Despierta, niña, que soy
La estrella de la mañana.

—

Verás cómo rompe el dia
Blanco, azul y carmesí:
Traigo de amor y alegria
Un tesoro para tí.
Ay, despierta.
Tu sueño me causa enojos:
Llamando estoy á tu puerta,

Para mirarme en tus ojos.
    Aquí estoy:
Todo mi luz lo engalana.
Despierta, niña; yo soy
La estrella de la mañana.

MELODIA.

Yo te ví, Laura mia,
Del valle en la espesura
Cantar alegre al asomar el dia;
Y admiré tu hermosura,
Y bendije la paz de tu alegria.

—

Y yo te ví llorando
Cuando su luz de oro
Iba la tarde triste derramando:
Desde entonces te adoro;
Desde entonces, mi amor, te voy buscando.



LA PALMA.

Planta graciosa
De suelto talle,
Vírgen del valle,
Palma gentil.

En tí se mira el sol del mediodia,
Buscando vienen desde el soto ameno
Las palomas tu dulce compañia;
Reposan en tu seno
Mayo y abril.

—

Cubren tus ramos
Fruto de oro,

Fresco tesoro
De ámbar y miel.

Pace á tus pies el tímido cordero
Y el cesped tiende su rizada alfombra,
Y en ella salta el manantial ligero;
Rico bajo tu sombra,
Brota el laurel

—

Verde corona
Ciñe tu frente.
Vírgen de Oriente,
Palma inmortal.

Suelta y graciosa en el ambiente ondeas;
Es sobre tí la niebla fugitiva
El manto de las vírgenes hebreas;
En tí circula altiva
Savia real.

—

Al sol que muere,
Sobre tus galas
Tiende sus alas
Cándida Hurí.

Si al trémulo volar del aura inquieta

Los tiernos ayes de tu amor confias,
Las cuerdas son del arpa del profeta
Que en blandas melodias
Gimen en tí.

—

El agua pura,
Que á tu pie anida,
La alondra herida
Viene á beber.

El águila cortando el vuelo incierto
Sobre tus ramas dóciles reposa,
Y el árabe perdído en el desierto,
Con tu raiz jugosa
Calma su sed.

—

Yerba suave
Sobre la arena
Tu sombra amena
Hace brotar.

Tú ves las soledades abrasadas
Que aire de fuego sin cesar fatiga:
Las hijas de Sion desventuradas
Bajo tu sombra amiga
Van á llorar.

Aquí mas pura
Alzas la frente,
Vírgen de Oriente,
Palma gentil.

Que aquí el pichon y la paloma bella
Se enamoran en dulce confianza,
Y alegre aquí la cándida doncella,
Sus sueños de esperanza
Viene á dormir.

—

Palma graciosa
De suelto talle,
Vírgen del valle,
Planta real;

Ufano de tu dócil gentileza
Prendió en tus ramas el pudor su velo,
Símbolo del amor y la pureza,
Para adorarte el cielo
Te hizo inmortal.

MISTERIOS DEL AMOR.

I.

El ángel de mis ensueños,
La vírgen que adora el alma
Tiene los ojos azules,
Tiene las megillas pálidas.

Y apenas tímida y pura
Asoma en Oriente el alba

Bajo los sauces del rio
Llega, suspira y me aguarda.

Mira impaciente hácia el bosque
Si gimen en él las auras,
Torna á mirar la ribera
Si en ella murmura el agua.

Y cuando mi voz de lejos
Siente que ansiosa la llama,
Fingiendo esquivez, los ojos
Como indiferente aparta.

II.

El encanto de mis ojos,
La vírgen que adora el alma,
La de los blondos cabellos
La de la sonrisa cándida;

Cuando en la siesta tranquila
El sol su fuego derrama,
Llega á la sombra apacible
Que dan al soto las palmas.

Con tierna inquietud escucha
Si gime el viento en las ramas,
Llena de amor se estremece
Si tiernas las aves cantan.

Y al sentir cerca mis pasos
Que por la loma resbalan,
El talle gentil reclina
Sobre la menuda grama;

Y fingiendo dulce sueño,
Que mal oculta sus ansias,
Vela el azul de sus ojos
Con los párpados de nacar.

III.

La dulce luz de mi vida,
La vírgen que adora el alma
Ciñe de rosas su frente,
Viste de amor sus palabras.

Apenas la tarde espira
Sobre las cumbres lejanas,
Al pie del álamo blanco
Llega, suspira y me aguarda.

Escucha, si el eco vago
Murmura voces estrañas,
Mira, si en la sombra inquieta
Dobla sus tallos la malva.

Y alzando al cielo los ojos
Reza, suspira y aguarda;
Que su inquietud es de celos,
Y de amor es su esperanza.

Cada murmullo la agita,
Cada suspiro la calma;
Y con triste desaliento
Murmura al fin: «¡Cuánto tarda!»

Oculto yo entre los ramos
De las vecinas acacias,
Rompiendo el manto de hojas
Pongo término á sus ansias.

Al verme la faz inclina,
Tiembla, quiere hablar y calla;
Y de sus hermosos ojos
Brotan á un tiempo dos lágrimas.

Asoma entonces la luna,
Gime el céfiro en las aguas;
Y entre mis brazos sonrie
La vírgen que adora el alma.

LA SENSITIVA.

Un céfirillo lozano,
Que rico encanto atesora,
Hijo de la blanca aurora
Y de las auras hermano;

Tendiendo el ala ligera
En blando apacible giro,
Es el último suspiro
De la alegre primavera.

¡No hay planta bella ni hay flor
Que sus caricias esquive;

La que sus besos recibe
Llora esclava de su amor.

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amar lo devora,
Que á cuantas besa enamora,
Y á cuantas seduce olvida.

Y en su gentil arrogancia,
Ya enamorado, ya esquivo,
Le presta doble atractivo
Su caprichosa inconstancia.

É invencible en sus amores
Y en sus olvidos cruel,
Viven mirándose en él
Arroyos, plantas y flores.

Y en las verdes soledades
Desde el valle al soto umbrío,
Vá rindiendo á su albedrio
Bellezas y voluntades.

Devoran por él distintos
Celos de amantes infieles,
Los lirios y los claveles,
Los nardos y los jacintos.

Que en su amorosa inquietud
Flor á quien su aliento llega,

Enamorada le entrega
Su hermosura y su virtud...

Todas á su impulso giran,
Todas con ansia le adoran;
Las mas inocentes lloran,
Las mas soberbias suspiran.

Y cada cual impaciente,
Para que repose en ellas,
Le tiende sus hojas bellas,
Que él agita indiferente.

Unas, le llaman su bien,
Otras, amor de los cielos;
Y mal ocultan sus celos
Las que le fingen desden.

Que mueren en honda pena
Desdeñadas á porfia,
La rosa de Alejandria
Y la cándida azucena.

Coje á su paso el rocio
Que como siervos le ofrecen
Mimbres y juncos que crecen
En las márgenes del rio.

Y le siguen voladoras,
Tras de sus alas ligeras,

Mariposas, mensageras
Del amor de sus señoras.

Y no hay ternura ni afan,
Ni belleza que le inquiete;
Y no hay amor que sujete
Al inconstante galan.

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amor lo devora,
Que á cuantas besa enamora,
Y á cuantas seduce olvida.

II.

Solo á su altivez esquiva,
Indiferente á su fama,
Brota entre la verde grama
Solitaria sensitiva.

Y el céfiro, sabedor
De que á su imperio resiste,
Con nuevas galas se viste
Por seducirla mejor.

Las alas con fácil brio
En las acacias perfuma,

Y arrastra encajes de espuma,
Y ciñe perlas del rio.

Y lleva en vuelos suaves,
Como tributos de amores,
Las esencias de las flores
Y los trinos de las aves.

Á la sensitiva llega
De afan y arrogancia lleno;
Y desde el collado ameno
Sueltas las alas desplega.

Y pasa en blando rumor
Y la saluda y suspira...
Y vuelve... y en torno gira
De la indiferente flor.

Sujeta el vuelo impaciente,
Posa sus alas en ella;
Y le parece mas bella
Cuando mas indiferente.

Mintiendo amantes congojas
La estrecha tímido y blando,
Quiere besarla, y temblando
Cierra la planta sus hojas.

Por si su rigor mitiga,
En suspiros se deshace;

Y es inútil cuanto hace,
Ni la vence ni la obliga.

Mas el amor le devora,
Cuanto ella mas se defiende;
Porque si es desden le ofende,
Y si es pudor lo enamora.

Y no se rinde á su ruego,
Ni la vence su porfia;
Y dicen que pasa el dia
Enamorándola ciego.

Y que húmilde en vez de altivo,
El vuelo apenas levanta,
De la pudorosa planta
Entre las hojas cautivo.

Y las flores, sabedoras
De tan estraños amores,
Murmuraron: que las flores
Son tambien murmuradoras.

Mas pronto cesó el rumor
De aquel murmullo indiscreto;
Y aprendieron el secreto
Con que se vence en amor.

LA NUBE DE VERANO.

Yo la he visto tranquila, suelta en blancos celages,
De su impalpable velo rasgado el ancho tul,
Tender con indolencia magníficos encages
Del áspera montaña por el contorno azul.

Y recatada y llena de vaporoso encanto
Alzarse lentamente con noble magestad,

Perdidas en el aire las ondas de su manto
Cruzar de las montañas la agreste soledad.

—

Y á la mirada ardiente del sol que la enamora
Ví reflejarse en ella las tintas del pudor;
Como muestra la vírgen su faz encantadora,
Al teñirla de púrpura los rayos del amor.

—

Y el sol, en su hermosura y en su cariño ciego,
La coronó de rayos sediento de placer;
Y desgarró su manto y la abrasó en su fuego,
La suspendió en el aire y fecundó su ser.

—

Temblaron comprimidos los vientos bramadores,
Resonando en los ecos con desmayado afan;
Y vestida la nube de sombras y colores,
Sintió bajo sus alas gemir el huracan.

—

Y derramó su manto de púrpura brillante,
Y reflejó en las aguas su sombra y su color;
Y se deshizo en lluvia, y arrebató inconstante
Relámpagos y truenos su aliento abrasador.

Y yo la vi tenderse por el azul del cielo
Perdida su hermosura, su gracia celestial,
Coronadas de lágrimas las ondas de su velo,
Rota sobre los aires su toca virginal.

—

Y el sol, mirando en ella sus últimos amores,
Lanzando en Occidente su último fulgor,
Tendió por los espacios el arco de colores
En prenda de su dicha y en nombre de su amor.

EL CREPÚSCULO.

Como brilla en los hermosos
Azules ojos de Lálage,
Bajo sus leves pestañas
Una lágrima inefable;
Asi al espirar el dia,
Entre ligeros celages
Brilla en el azul del cielo
El lucero de la tarde.

—

Todo es aroma en las flores,
Todo es arrullo en las aves,

Toda es murmullos el agua,
Todo es suspiros el aire.
Dócil niebla se suspende
Por los contornos del valle;
Como la dicha ligera,
Como la esperanza frágil.
Y entre la luz y la sombra
En lágrimas se deshace,
Como el amor de una vírgen,
Como el aliento de un ángel.

—

De las desiertas montañas
Sobre las cumbres salvages,
Á reposar en sus nidos
Van las águilas reales;
Y á las vertientes risueñas,
Que forman distintos cauces,
Á beber sus aguas limpias
Bajan palomas torcaces.
Todo es esencia en las flores,
Todo es arrullo en las aves,
Toda es sollozos el agua,
Todo es gemidos el aire.

—

La lúz y la sombra juntas
Confundidas se reparten,

Y de la luz y la sombra
Tibio el crepúsculo nace.
Del cercano caserio
Sube en blancos espirales
El humo que se dilata
Y se pierde al dilatarse.
Juntos la noche y el dia
La luz y la sombra parten;
Y cubren los horizontes
De caprichosos encages...

—

Hora de triste esperanza,
Llena de encantos fugaces,
De dulce melancolía,
De misterio impenetrable.
Tú apareces en el cielo
Húmeda, lenta y suave,
Como en el alma abrasada
Del bien perdido la imágen.
Tú vienes todos los dias
Triste, ligera, impalpable,
Como un recuerdo lejano
Que en la memoria se abre.

—

Tras de tí van las estrellas,
Y llevas el sol delante,

Se apaga el dia en tu velo,
De él mismo la noche sale.
Mezclas la luz y la sombra,
Y en tí son inseparables,
Como lo son en la vida
La alegria y los pesares;
Y tú el término señalas
Del dia, que apenas nace
En el abismo profundo
Del tiempo pasado cae.

—

Hablan los ecos perdidos
Incomprensible lenguaje;
Y se tiende el pensamiento
Por inmensas soledades.
Crepúsculo del estío,
Tú en lágrimas te deshaces;
Como el amor de una vírgen,
Como el suspiro de un ángel.

—

Todo es esencia en las flores,
Todo es arrullo en las aves,
Toda es lamentos el agua
Todo es gemidos el aire.

SERENATA.

Vírgen de negros ojos,
De faz morena,
Tus pálidas megillas
Son de azucena,
Tu aliento aroma,
Tu voz es el arrullo
De la paloma.

—

17

Serena está la noche,
Callado el viento;
Lleno está de esperanzas
Mi pensamiento.
Sueño con ellas,
Á la luz moribunda
De las estrellas.

—

Niña de casta frente,
De labios rojos,
Todo el sol del estio
Brilla en tus ojos.
Flor delicada,
Aun mas hermosa fueras
Enamorada.

—

Qué es amor en la vida
Luz y consuelo,
Tesoro de esperanzas,
Y don del cielo.
Ay, vírgen pura,
El amor es el alma
De la hermosura.

—

Honda sed me devora,
Y es sed de amores,
Que no apaga el rocio
Que hay en las flores.
Duermes en calma,
Y el fuego de tus ojos
arde en mi alma.

—

Un ángel tu sonrisa
De gracias llena;
Tus pálidas megillas
Son de azucena,
Tu aliento aroma,
Tu voz es el arrullo
De la paloma:

—

Dime que no suspiras
Porque no advierta
Que me escuchas llorando,
Que estás despierta.
Flor delicada,
Dime que oyes mis cantos
Enamorada.

—

Corazon sin amores
Es, alma mia,
Arroyo sin corriente,
Planta sombria,
Que se consume
Sin dar fruto ni sombra,
Flor ni perfume.

—

Calma esta sed ardiente
Que me devora:
Mira rompiendo nubes
Viene la aurora;
Su luz es pura,
Y el amor es el alma
De la hermosura.

—

Adios: triste he venido,
Me voy mas triste,
Porque el sol de colores
Los campos viste.
Ay, tú no alcanzas
Que mueren con la noche
Mis esperanzas.

LA ULTIMA PAGINA.

Ameno valle de pintadas flores,
Aura que vuelas de la tarde en pos,
Sombras donde espiraron mis amores,
Nubes, ondas, esencias y colores,
Quedad con Dios.

—

Yo respiré bajo el ramaje umbrio,
Y bebí en ámbar celestial placer;
Ardió insensato el pensamiento mio,
Y todo el fuego del ardiente estio
Hirvió en mi ser.

—

Y yo inconstante, en los placeres ciego,
Olvidé, Laura, tu inocente amor;
Ingratitud que con mi llanto riego.
Ay, solo era tan ardiente fuego
Sombra y vapor.

—

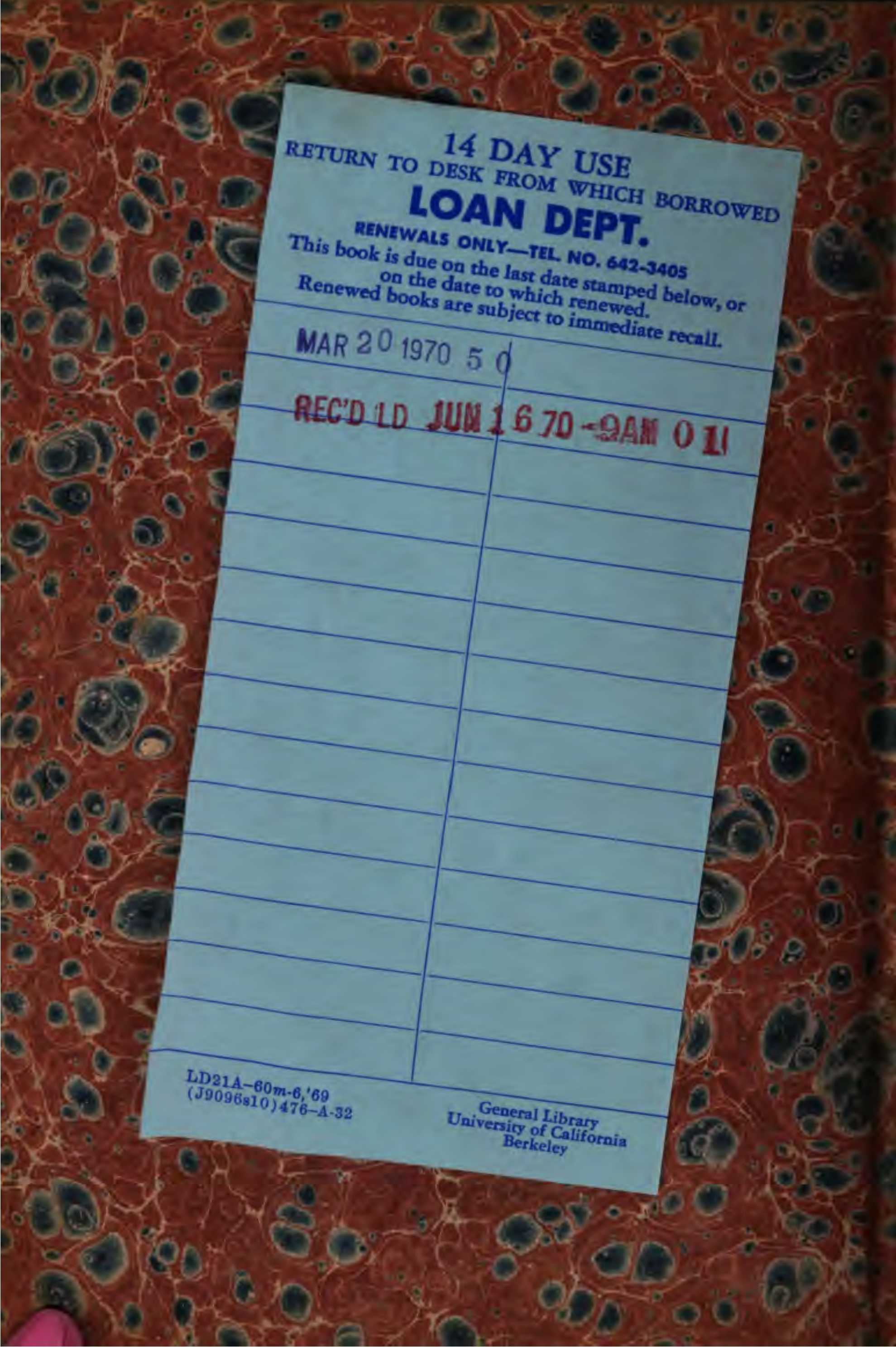
Tú no comprenderás, tierna doncella,
Cuanto en mis desengaños aprendí.
Tú leerás esta página: si en ella
Una lágrima encuentras, Laura bella,
Es para tí.

FIN.

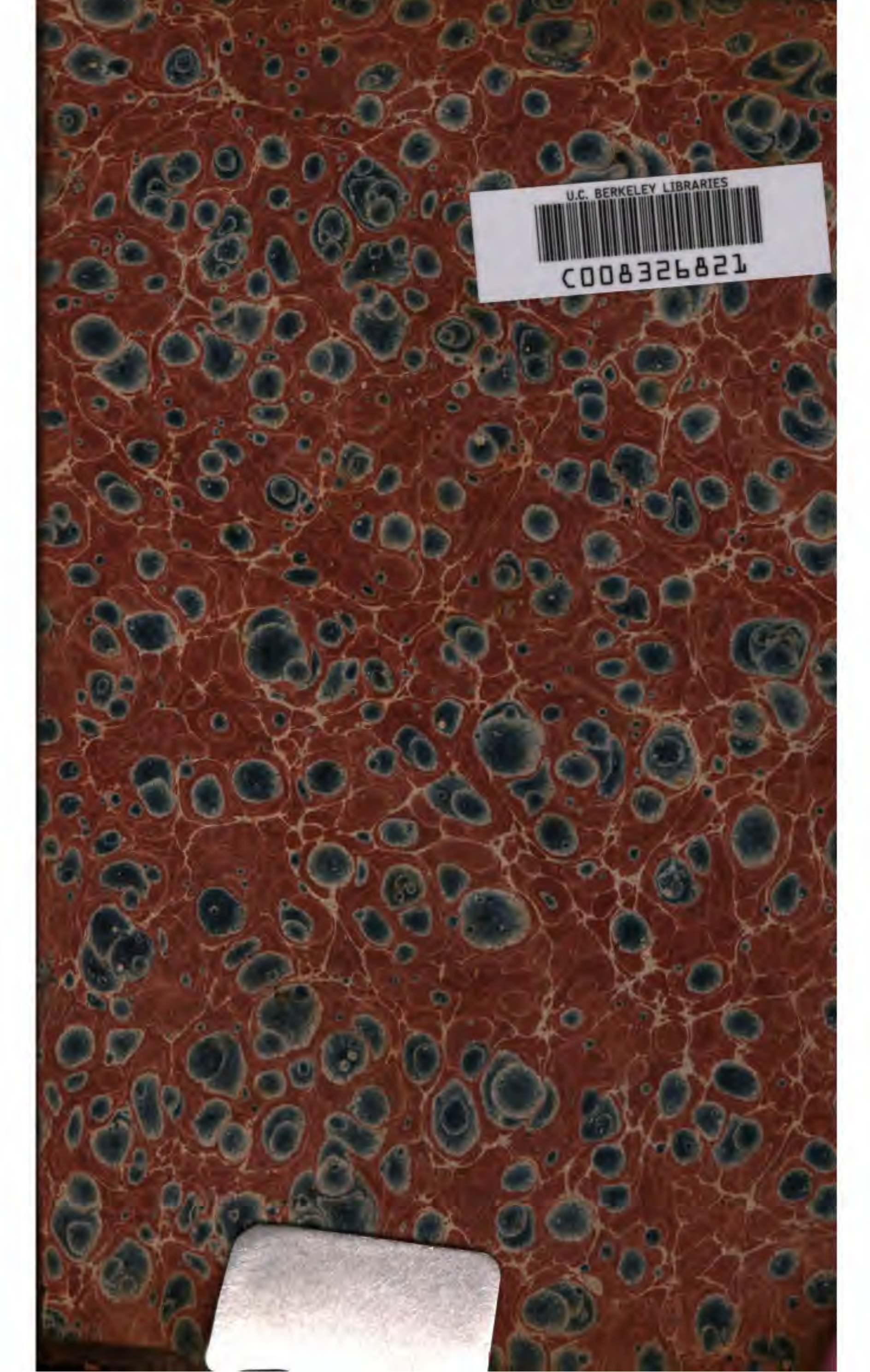
INDICE.

LA PRIMAVERA.

EL ESTÍO.



14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
RENEWALS ONLY—TEL. NO. 642-3405
This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.
MAR 20 1970 5 0
REC'D LD JUN 16 70 -9AM 0 1
LD21A-60m-6,'69
(J9096s10)476-A-32
General Library
University of California
Berkeley


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C008326821

